

12ª REUNION — 10ª SESION ORDINARIA (ESPECIAL) — JULIO 4 DE 1984

Presidencia del señor diputado Juan Carlos Pugliese

Secretarios: doctor Carlos Alberto Bravo y señor Carlos Alberto Béjar

Prosecretarios: señores Hugo Belnicoff y Ramón Eladio Naveiro

DIPUTADOS PRESENTES:

ABBIATE, Alejandro Abel Alberto
ABDALÁ, Luis Oscar
ABDALÁ, Oscar Tupio
ACEVEDO de BIANCHI, Carmen Beatriz
AGUILAR, Ramón Ross
ALAGIA, Ricardo Alberto
ALBARRACIN, Ignacio Arturo
ALLAS, Manuel
ALTAMIRANO, Amado Héctor Heriberto
ÁLVAREZ, Adrián Carlos
ÁLVAREZ, Roberto Pedro
ARABOLAZA, Marcelo Miguel
ARAOZ, Julio César
ARECHEA, Ramón Rosaura
ASENSIO, Luis Asterio
AUSTREBLITZ, Federico
AZCONA, Vicente Manuel
BAGLINI, Raúl Eduardo
BARBEITO, Juan Carlos
BASUALDO, Héctor Alfredo
BECEREA, Carlos Armando
BELARAINAGA, Juan Bautista
BERNASCONI, Tulio Marón
BERRI, Ricardo Alejandro
BIANCHI, Carlos Humberto
BIELICKI, José
BISCIOTTI, Victorio Osvaldo
BLANCO, José Celestino
BODO, Rodolfo Luis
BONINO, Alberto Ceoille
BONOMI, Nora Susana
BORDÓN GONZÁLEZ, José Octavio
BOTTA, Felipe Esteban
BRITO LIMA, Alberto
BRITOS, Oscar Felipe
BRIZ de SANCHEZ, Onofre
BULACIO, Julio Segundo
CAFERRI, Oscar Néstor
CAMISAR, Osvaldo
CAMPS, Alberto Germán
CANICOBA, Ramón Héctor Pedro
CANTOR, Rubén
CAPUANO, Pedro José
CARDOZO, Ignacio Luis Eubén
CAEMONA, Jorge
CARRANZA, Florencio
CASALE, Luis Santos
CASTIELLA, Juan Carlos
CASTILLO, Miguel Ángel

CAVALLARI, Juan José
CAVALLARO, Antonio Gino
COLOMBO, Ricardo Miguel
CONNOLLY, Alfredo Jorge
CONTE, Augusto
COPELLO, Norberto Luis
CORNAGLIA, Ricardo Jesús
CORPACCI, Sebastián Alejandro
CORTESE, Lorenzo Juan
CORTINA, Julio
CORZO, Julio César
CHEHIN, Jorge Víctor
DALMAU, Héctor Horacio
DAUD, Ricardo
DEBALLI, Héctor Gino
DE LA VEGA de MALVASIO, Lily M. D.
DE NICHILLO, Cayetano
DÍAZ de AGÜERO, Dolores
DÍAZ LECAM, Juan Antonio
DI CIO, Héctor
DIMASI, Julio Leonardo
DOMÍNGUEZ FERREYRA, Dardo N.
DONAIRES, Fernando
DOUGLAS RINCÓN, Guillermo F.
DOVENA, Miguel Dante
DRUETTA, Raúl Augusto
DUSSOL, Ramón Adolfo
ELIZALDE, Juan Francisco Carmelo
FALCIONI de BRAVO, Ivelisse Hilda
FAPPIANO, Oscar Luján
FEDERIK, Carlos Alberto
FERRÉ, Carlos Eduardo
FIGUEROA de TOLOZA, Emma
FINO, Torcuato Enrique
FLORES, Aníbal Eulogio
FURQUE, José Alberto
GARCÍA, Antonio Matías
GARCÍA, Carlos Euclides
GARCÍA, Roberto Juan
GHIANO, Jorge Osvaldo
GIMENEZ, Jacinto
GINZO, Julio José Oscar
GÓMEZ MIRANDA, María Florentina
GONZÁLEZ, Arnaldo
GONZÁLEZ, Héctor Eduardo
GONZÁLEZ, Raúl Héctor
GONZÁLEZ CABANAS, Tomás Walther
GONZÁLEZ PASTOR, Carlos María
GOROSTEGUI, José Ignacio
GOTI, Erasmo Alfredo
GUATTI, Emilio Roberto

GUELAR, Diego Ramiro
GURIOLI, Mario Alberto
GUTIERREZ, Reynaldo Pastor
GUZMAN, María Cristina
HEERERA, Bernardo Eligio
HORTA, Jorge Luis
HUARTE, Horacio Hugo
IBÁÑEZ, Diego Sebastián
IGLESIAS VILLAR, Teófilo
IMBELLONI, Norberto
INGARAMO, Emilio Felipe
JAILLE, José Félix
JABOSLAVSKY, César
JIMÉNEZ, Francisco Javier
KHOURY, Miguel Ángel
LANDÍN, José Miguel
LANGAN, Roberto José
LAZCOZ, Hernaldo Efraín
LEALE, Zelmán Eubén
LENCINA, Luis Ascensión
LEPORI, Pedro Antonio
LESCANO, David
LESTANI, Carlos
LIPTAK, Teodoro
LÓPEZ, Santiago Marcelino
LUGONES, Horacio Emerico
MAGLIETTI, Alberto Ramón
MANZANO, José Luis
MANZUR, Alejandro
MARCHESINI, Víctor Carlos
MARTÍN, Belarmino Pedro
MARTÍNEZ, Valentín del Valle
MARTÍNEZ MARQUEZ, Miguel José
MARTÍNEZ MARTINOLI, Fausta G.
MASINI, César Francisco
MASTOLORENZO, Vicente
MATUS, Salvador León
MATZKIN, Jorge Eubén
MAYA, Héctor María
MEDINA, Alberto Fernando
MEDINA, Miguel Heraldo
MELÓN, Alberto Santos
MIGLIOZZI, Julio Alberto
MILANO, Raúl Mario
MINICHILLO, Juan José
MIRANDA, Julio Antonio
MONSERBAT, Miguel Pedro
MONTERO, Carlos L.
MORAGUES, Miguel José
MOREAU, Leopoldo Raúl
MOSSO, Alfredo Miguel

MOÏHE, Félix Justiniano
NADAL, Marx José
NEGRI, Arturo Jesús
NIEVA, Próspero
ORGAMBIDE, Luis Oscar
PALEARI, Antonio
PAPAGNO, Rogelio
PATÑO, Artemio Agustín
PECHE, Abdol Carim Mahomed
PEDRINI, Adam
PELÁEZ, Anselmo Vicente
PEPE, Lorenzo
PEREYRA, Pedro Armando
PEREZ, Bené
PÉREZ VIDAL, Alfredo
PERL, Néstor
PINTOS, Carlos María Jesús
PIUCILL, Hugo Diógenes
PLANELLS, Mariano Juan
PRADO, Leonardo Ramón
PRONE, Alberto Josué
PUGLIESE, Juan Carlos
PUPILLO, Liborio
PURITA, Domingo
RABANAL, Rubén Francisco
RABANAQUE, Raúl Octavio
RADONJIC, Juan
RAMOS, Daniel Omar
RAPACINI, Rubén Abel
RATOVIC, Milivoj
RAUBER, Cletó
REALI, Raúl
REGGERA, Esperanza
REYNOSO, Adolfo
RIGATUSO, Tránsito
RIQUEZ, Félix
RIUTORT DE FLORES, Olga Elena

ROBERTO, Mario
ROBSON, Anthony
RODRÍGUEZ, Antonio Abel
RODRÍGUEZ, Jesús
RODRÍGUEZ, Manuel Alberto
RODRÍGUEZ, Pedro Salvador
RODRÍGUEZ ARTUSI, José Luis
ROMANO, Domingo Alberto
ROMERO, Antonio Elías
ROMERO, Francisco Telmo
RUBEO, Luis
RUIZ, Ángel Horacio
SABADINI, José Luis
SALDUNA, Bernardo Ignacio Ramón
SAMMARTINO, Roberto Edmundo
SÁNCHEZ TOBANZO, Nicasio
SÁRQUIS, Guillermo Carlos
SARUBI, Pedro Alberto
SELZI, Carlos María
SCIURANO, Adolfo
SELLA, Orlando Enrique
SERRALTA, Miguel Jorge
SILVA, Roberto Pascual
SILVERO, Lisandro Antonio
SOBRINO ARANDA, Luis Alberto
SOCCHI, Hugo Alberto
SPINA, Carlos Guido
SRUR, Miguel Antonio
STAVALE, Juan Carlos
STORANI, Federico Teobaldo M.
STUBBRIN, Adolfo Luis
STUBBRIN, Marcelo
SUÁREZ, Lionel Armando
TABASCO, Oscar
TAIBO, Nicolás
TELLO ROSAS, Guillermo Enrique
TERRILE, Ricardo Alejandro

TORRESAGASTI, Adolfo
TOSI, Santiago D.
URRIZA, Luis María
VANOSSI, Jorge Reinaldo
VIDAL, Carlos Alfredo
VISTALLI, Francisco José
VON NIEDERHAUSERN, Norberto B.
YAMAGUCHI, Jorge Rokuro
ZAVALEY, Jorge Hernán
ZINGALE, Felipe
ZUBIRI, Balbino Pedro

AUSENTES, CON LICENCIA:

BRIZUELA, Juan Arnaldo
CABELLO, Luis Victorino
CASSIA, Antonio
COSTARELLI, José
GRIMAUX, Arturo Aníbal
UNAMUNO, Miguel

AUSENTES, CON AVISO:

ALSOGARAY, Alvaro Carlos
MANNX, José Juan

AUSENTES, SIN AVISO:

BALESTRA, Ricardo Ramón
BÁRBARO, Julio
CÁCERES, Luis Alberto
CARRIZO, Raúl Alfonso Corpus
GONZÁLEZ, Jesús Jerónimo
PONCE, Rodolfo Antonio
RUIZ, Osvaldo Cándido
SOLARI BALLESTEROS, Alejandro
STOLKINEB, Jorge
TORRES, Carlos Martín

SUMARIO

- 1.—Izamiento de la bandera nacional. (Pág. 1862.)
- 2.—Citación a sesión especial. (Pág. 1862.)
- 3.—Homenaje al presidente Hipólito Yrigoyen. (Página 1863.)
- 4.—Homenaje al presidente Juan Domingo Perón. (Página 1872.)
- 5.—Apéndice:
Inserciones. (Pág. 1878.)

—En Buenos Aires a los cuatro días del mes de julio de 1984, a la hora 16 y 55:

1

IZAMIENTO DE LA BANDERA NACIONAL

Sr. Presidente (Pugliese).—Queda abierta la sesión con la presencia de 155 señores diputados.

Invito al señor diputado por el distrito electoral de la provincia de Corrientes don Carlos Humberto Bianchi a izar la bandera nacional en el mástil del recinto.

—Puestos de pie los señores diputados y el público asistente a las galerías, el señor dipu-

tado Carlos Humberto Bianchi procede a izar la bandera nacional en el mástil del recinto. (Aplausos.)

2

CITACION A SESION ESPECIAL

Sr. Presidente (Pugliese).—Por Secretaría se dará lectura del pedido de citación a sesión especial, formulado por varios señores diputados en número reglamentario, y de la resolución dictada por la Presidencia.

Sr. Secretario (Béjar).—El pedido de citación a sesión especial dice así:

Buenos Aires, 2 de julio de 1984.

Señor presidente de la Honorable Cámara de Diputados de la Nación doctor Juan Carlos Pugliese

S/D.

De nuestra mayor consideración:

Tenemos el agrado de dirigirnos al señor presidente a fin de solicitarle se cite a sesión especial de homenaje a la memoria de los ex presidentes de la Nación don Hipólito Yrigoyen y don Juan Domingo Perón con motivo de cumplirse los 51º y 10º aniversarios de sus respectivos fallecimientos, sin perjuicio de la realización de la sesión de tablas que pudiere corresponder.

Saludamos al señor presidente con distinguida atención.

César Jaroslavsky. — Diego S. Ibáñez. — Roberto E. Sammartino. — Leopoldo R. Moreau. — Juan José Minichillo. — Mario A. Gurioli. — Jesús J. González.

Como consecuencia de esta petición, la Presidencia de la Honorable Cámara dictó la siguiente resolución:

El presidente de la Honorable Cámara de Diputados de la Nación

RESUELVE:

Citar a la Honorable Cámara a sesión especial para el 4 de julio próximo a las 15 horas, a solicitud de los señores diputados César Jaroslavsky, Diego S. Ibáñez y otros, con el fin de rendir homenaje a la memoria de los ex presidentes de la Nación, don Hipólito Yrigoyen y don Juan Domingo Perón, en los 51º y 10º aniversarios de sus respectivos fallecimientos.

JUAN C. PUGLIESE.

∩

HOMENAJE AL PRESIDENTE
HIPOLITO YRIGOYEN

Sr. Presidente (Pugliese). — Para rendir homenaje al presidente Hipólito Yrigoyen tiene la palabra el señor diputado por Buenos Aires.

Sr. Bisciotti. — Señor presidente, señores diputados: en nombre de la Unión Cívica Radical vengo a rendir homenaje a la memoria del ilustre presidente de los argentinos don Hipólito Yrigoyen.

Rendir homenaje a Yrigoyen significa tratar de entender la causa de sus luchas, la razón de su vida, la interpretación filosófica que él mismo hacía del hombre como sujeto y como protagonista de sus propias realizaciones. Significa interpretar al mundo con esa visión cósmica que tenía don Hipólito; entender a la Argentina como país; comprender la integración latinoamericana; tener una visión mundial.

No sé sobre cuál de las multifacéticas expresiones y aspectos de don Hipólito Yrigoyen sería más importante hablar: si hacerlo del conspirador, del revolucionario, del caudillo, del conductor, del sacerdote, del soldado, del apóstol o del estadista. Todos y muchos más están involucrados en él, porque evidentemente Yrigoyen hizo un apostolado de la política.

Fue el caudillo que logró movilizar y sacudir multitudes; produjo sentimientos y provocó atracciones. Fue el conductor que en los momentos especiales supo transmitir ideas, y tam-

bién como buen conductor generó ideas. Fue conspirador permanente, pero nunca golpista —esto lo recalco especialmente—, porque él entendía que el poder emanaba del pueblo y por ello enfrentó siempre a los gobiernos que estaban de espaldas a aquél, interpretando que en el pueblo residía la soberanía popular; por eso luchó por el sufragio universal. Fue sacerdote, porque tuvo una fe inquebrantable en las grandes causas. Fue soldado porque tuvo valentía para los embates que con toda tenacidad afrontó permanentemente. No fue orador ni pronunció grandes discursos, pero su palabra provocaba la atención cuando como lluvia sobre la tierra arada irrigaba los pensamientos que se proponía transmitir.

Yrigoyen, por sus dotes de estadista, entendió todas las cuestiones políticas y sociales, las del país y las del mundo. Su concepción del hombre como ente humano hizo que se llegara a decir que don Hipólito le sentía el olor al alma del hombre. Podríamos decir aquí, entonces, cuánta razón tenía Mauriac, cuando afirmaba que “las almas tienen olor”.

Esta elucubración del pensamiento de don Hipólito a lo largo de sus luchas no es una casualidad. Yrigoyen no fue un improvisado. Supo darse una sólida formación por medio de la lectura de filósofos antiguos y modernos —Platón, Aristóteles, San Agustín, Montesquieu, Rousseau— y de constitucionalistas americanos de prestigio, que él mismo supo interpretar y que fueron el numen para la estructuración fundacional de su pensamiento.

Pero si tuviéramos que apuntar al nudo gordiano de su conformación fundamental en cuanto a la concepción orgánica del derecho y del Estado en función social, yo diría que encontró en un filósofo alemán el quid sustancial de su razón: Carlos Christian Federico Krause, fundador de la escuela de la racionalidad espiritual, que entendía que la humanidad se da por el amor entre los hombres y entre los pueblos sobre la base del derecho, la universalidad y la estructuración de los pueblos en un estado de justicia y libertad.

Esta fue la gran formación de Yrigoyen. Esta fue la visión que él tuvo del mundo. Esto le permitió a Yrigoyen tener esas concepciones permanentes; esto fue lo que le hizo elucubrar su gran doctrina para todos los tiempos.

A su vez, Yrigoyen tuvo un enfoque muy particular acerca de la historia argentina. Consideró —para su época, por supuesto— que la historia argentina podía dividirse en tres grandes etapas. La primera es la de la independencia nacional, durante la que nuestros grandes for-

jadores lucharon para sellar la independencia en momentos muy difíciles, apoyando al mismo tiempo a los pueblos de América en esta batalla sin igual.

La segunda etapa es la de la organización nacional —cuya culminación es la Constitución de 1853—, que tuvo como objetivo el enmarcamiento jurídico del proceso logrado por la independencia de 1816. Lamentablemente, este período se encuentra signado por tribulaciones, por desencuentros, por falsedad de poder —por la circunstancia de darle las espaldas al pueblo, que no podía acceder a él— y por una serie de inmoralidades que llevan a la insurrección popular, dando lugar a la tercera etapa, que Yrigoyen caracteriza como la de la reparación nacional.

Frente a la concupiscencia, Yrigoyen levanta las banderas de la moral y de los valores espirituales para encauzar, por primera vez en la Argentina, una corriente de fe que creara en el hombre argentino las condiciones naturales para producir los hechos que lo llevaran al poder.

Como consecuencia de esta actitud nace la Unión Cívica Radical, constituyéndose en herramienta fundamental para servir a la reparación de que hablaba. En ese momento se dan las circunstancias especiales del reencuentro. Es por eso que Yrigoyen lucha por el sufragio y conspira permanentemente, porque sabía que frente a sí se hallaban las minorías reaccionarias que no permitían el acceso del pueblo al poder.

Por fin, en 1916 y sobre la base de su fiereza en la intransigencia y de aquella conspiración permanente, llega a romper el acuerdismo, terminando con las viejas inmoralidades y consiguiendo verdaderamente el voto popular, secreto y obligatorio con la ley Sáenz Peña. En esa fecha no sólo Hipólito Yrigoyen accede al poder, sino todo el pueblo argentino, iniciando de ese modo una gran cruzada de libertad plena, de dignidad del hombre argentino y convivencia social.

Desde el gobierno, Yrigoyen muestra una concepción del Estado en función del hombre y de la Nación en función del conjunto de los hombres. El siempre sostuvo que el voto de un hombre es de igual peso que el voto de otro hombre. Esta era la síntesis esencial de su valoración de la democracia.

Si tuviera que definir su acción en el gobierno, sin entrar a hacer una cronología detallada de los hechos, diría que merced a Yrigoyen se producen tres grandes reformas: la social, la económica y la cultural.

Con relación a la reforma social podríamos decir que durante su presidencia se dicta una legislación de avanzada, ubicando por primera vez al obrero argentino en el lugar que le corresponde en nuestra sociedad.

Se sanciona la ley de asociaciones profesionales. En este sentido, Yrigoyen sostenía que ésta era el freno que impedía a los patronos cometer abusos contra los obreros.

Asimismo, instaura el 1º de mayo como fiesta de la clase obrera argentina y eleva la jerarquía del sector sindical, ya que en 1916 Yrigoyen recibe un gobierno con algo más de setenta gremios y cuarenta mil adherentes y en 1920 los gremios alcanzan a setecientos cincuenta, con más de setecientos mil adherentes.

También se realizó durante su mandato el estudio del proyecto de código de trabajo, que quedó abortado en el Senado reaccionario y terrateniente que ocupaba la oposición. Le corresponden asimismo los estudios en materia de vivienda, las leyes de previsión social, los avances vinculados a las convenciones colectivas de trabajo y a las cuestiones de conciliación y de arbitraje. Todo esto hizo decir a un famoso tratadista laboral que durante el gobierno de Hipólito Yrigoyen se había producido verdaderamente el avance obrerista más grande de la historia argentina. Este fue Yrigoyen. Tenía claramente el objetivo fijado, sabía a dónde iba y era muy respetuoso del hombre y del derecho fundamental de los obreros: el de huelga.

El decía que la huelga era el reclamo de los dolores no escuchados.

En cuanto a su reforma económica debemos señalar —porque es la presencia de un sentir nacional— que tuvo un fuerte contenido nacionalista porque él sabía que estaba frente a los grandes imperialismos. Es por ese motivo que plantó la bandera de la soberanía nacional sobre el petróleo y enfrentó a los grandes trusts internacionales. Los calificaba y separaba perfectamente. Decía que la Standard Oil y la compañía anglo holandesa Royal Dutch Shell —aunque esta última en menor proporción y en forma apacible— eran los nuevos ricos que venían con el mismo fin: el de pretender succionar la riqueza de los países subdesarrollados o en vías de desarrollo y llevarse los beneficios para sus grandes imperios.

Para graficar esto tendría que recordar a Mosconi cuando hacía referencia a la cuerda de cañamo y a la cuerda de seda y decía que cualquiera de las dos termina apretándonos.

Por eso, Yrigoyen los enfrentó desde el principio hasta el fin y salió en defensa de los ferrocarriles; por eso enfrentó a los monopolios de la

carne y de los cereales y por eso se juramentó —y cumplió— en el sentido de que no iba a ceder un ápice de la riqueza argentina ni del dominio sobre ella. Esa era su clara consigna.

En 1918, durante la época del gobierno radical de Hipólito Yrigoyen —yo diría durante el gobierno argentino de don Hipólito Yrigoyen— se cristaliza la trascendental e histórica reforma universitaria que rompe con un estilo feudal, da por tierra con un resabio de anacronismo educacional que impedía el acceso de las clases trabajadoras a las casas de estudio y permite que la cultura tenga un sentido nacional.

Esto tiene más sentido aún que las fronteras de nuestra patria, ya que trasciende sus límites y se dirige hacia América como bandera libertadora para insertarse en los claustros latinoamericanos. Esta fue una gran obra llevada a cabo durante el gobierno de Yrigoyen.

Su visión cósmica del mundo también le permitió analizar los problemas y entender que el conjunto de las naciones tiene un valor significativo en sí mismo. Por eso es que Yrigoyen tiene preponderancia fundamental en la Liga de las Naciones ya que prácticamente se convirtió en un juez inexorable para la paz. Esta formación le permitió interpretar el conflicto bélico de 1914, al que conceptuó como una conflagración interimperialista y por ese motivo sentó para siempre el principio fundamental de la neutralidad argentina y enunció el precepto evangélico que señala que "los hombres son sagrados para los hombres y los pueblos son sagrados para los pueblos".

Este es el Yrigoyen que no quería construir un nuevo país, sino reparar sus tejidos rotos para que el país se renovase por sí mismo. Este es el Yrigoyen que no estaba tan convencido de los escarmientos, de las sanciones o de las condenas, sino que creía en la reparación del país en forma permanente. Sostenía que había que leer todos los días en la conciencia del pueblo argentino.

Esta gran obra histórica lleva a que Yrigoyen se vea enfrentado por aquellos intereses que él lesionara. Por ese motivo en 1930 cae, a causa de la embestida petrolera de los Estados Unidos, con el consiguiente retorno al poder de la oligarquía vernácula explotadora y terrateniente, y de consecuencias de la crisis mundial de 1929.

No voy a hablar de la muerte de Yrigoyen porque eso implicaría encerrarlo en el tiempo. Creo que Yrigoyen es una constante histórica en la vida argentina. Pero si tuviera que referirme a ese hecho diría que la muerte de Yrigoyen fue el espejo de su vida. Esta es la síntesis de toda su actividad.

Ahora bien, ¿cuál es el pensamiento más importante de Yrigoyen? Me voy a permitir, señor presidente, leer un resumen de lo que considero es su pensamiento fundamental. Decía —no quiero desaprovechar una sola palabra y por eso leo esta parte—: "Que nacidos en las circunstancias azarosas y desgraciadas para mi patria, hemos asumido la actitud que la hora nos marcaba, no abdicando del deber que nos correspondía. Desde entonces nos pertenecemos, nos entregamos a la lucha por la liberación argentina y supimos que todo taller de forja parece un mundo que se derrumba".

¿Cómo, entonces, asumimos los hombres del Parlamento argentino —hoy y aquí— el compromiso de homenajear a Yrigoyen? ¿Cómo rendirle tributo? Yo diría que con un gran compromiso nacional; con el compromiso de entonar todos los días un himno a la vida que involucre nuestra responsabilidad de adoptar en todas las oportunidades una actitud de grandeza; una actitud de grandeza en lo individual, en lo espiritual, en lo colectivo, en lo político.

Grandeza en lo individual para comprender en su momento la desgracia de nuestros semejantes; para ser solidarios con los que padecen hambre y miseria, con los desposeídos; para mirar realmente a nuestro alrededor y ver el dolor de los que sufren; para saber quitarnos a veces esta venda materialista que nos asfixia y ahoga e impide que veamos la actual realidad que nos carcome.

Grandeza en lo espiritual, para saber que nuestros credos son tan importantes y respetables como los que profesan los demás.

Grandeza en lo colectivo, para entender que nuestras parcialidades de sector, a pesar de su importancia, deben quedar postergadas frente a los grandes intereses de la Nación.

Grandeza en lo político, para saber que dentro de una sociedad pluripartidista y democrática los principios, plataformas y banderas de los partidos tienen vigencia permanente, pero están condicionados por los grandes intereses de la Nación; para saber que las grandes diferencias que a veces parecen separarnos, caen cuando están en juego valores fundamentales: la libertad frente a la opresión, la justicia frente a la injusticia, la democracia frente a la autocracia, la soberanía frente a la dependencia.

Lo mejor que podemos hacer los argentinos, los representantes de este gran contingente democrático y popular, es entrelazarnos en estos momentos de difícil situación nacional para marchar todos unidos, sabiendo desde ahora y definitivamente, con Yrigoyen y el pueblo argentino, que nuestra causa es la causa de los despo-

seídos contra los que todo lo poseen; que nuestra causa es contra el régimen; que nuestra causa es la causa americana; que nuestra causa es la del género humano. (*Aplausos.*)

Sr. Presidente (Pugliese). — Para el mismo homenaje tiene la palabra el señor diputado por Córdoba.

Sr. Rigatuso. — Señor presidente, señores diputados: decía Sarmiento que es en la vida de los grandes hombres donde deben inspirarse los pueblos, y es por ello que, haciendo realidad las aspiraciones de nuestros mayores y rompiendo las cadenas de las antinomias, los representantes de las mayorías populares, imbuidos de un ferviente patriotismo, queremos hoy rendir homenaje a dos hombres prominentes que no escatimaron esfuerzos para trabajar por la grandeza de la patria y el bienestar del pueblo: Hipólito Yrigoyen y Juan Domingo Perón. (*Aplausos.*)

Yrigoyen, hombre que al nacer traía los pies mojados por la sangre derramada por un familiar, y cuya frente el día de su muerte estaba a la altura de las estatuas. Un hombre que perteneció a un período conflictivo de la República, agitado por reclamos populares de transformación nacional.

Rosas había dejado la infraestructura necesaria: un territorio y un pueblo. Sobre ese esquema de soberanía nacional se pudo dictar la Constitución de 1853 porque teníamos las bases preparadas: un territorio propio y libre y un pueblo con conciencia nacional en ascenso.

Suele afirmarse que frente al país, que constituye un sistema de necesidades, debe estructurarse un sistema de soluciones. Después de Caseros fue Sarmiento quien evaluó y comprendió las necesidades de la Nación. Luego fue un grupo de políticos, integrantes de lo que en nuestra historia se llamó la generación del 80, el que aprovechó el destierro de Rosas, el asesinato de Urquiza y la enfermedad y muerte de Sarmiento para apoderarse a la europea, es decir por agresión, fraude y asalto de los instrumentos de conducción: el poder y la riqueza.

No creyeron estos hombres en la tierra, y la regalaron; no creyeron en el pueblo, y lo sojuzgaron; menospreciaron a Hernández y entristecieron a Leandro Alem, el caudillo lírico del pueblo, recordándole el fantasma del cadáver de su padre pendiente de una horca.

Frente a este panorama de distorsión y enajenamiento de esencias y estructuras va formándose un espíritu receptor de la nacionalidad, comprensivo de sus raíces y soñador de sus posibilidades. Mozo ya de la veintena, era alumno

de su tío, aquel caudillo lírico e insobornable llamado Leandro N. Alem. Y cuando se quebró la historia nacional y se abrieron dos caminos, uno por maniobras de Mitre —Unión Cívica Nacional— y otro por inspiración de Alem —Unión Cívica Radical— Hipólito Yrigoyen, aquel patriota joven todavía que había aprendido a transformar en ensueño el dolor y en esperanza el desamparo, siguió el camino que el pueblo había elegido detrás de su profeta popular y se incorporó a lo que era, sobre el vértice en llamas del 90, el movimiento revolucionario de entonces: la Unión Cívica Radical.

Desde aquellos tiempos todo Hipólito Yrigoyen fue un programa de reconstrucción argentina. Por eso llamó "reparación" a su programa de gobierno. Constituía don Hipólito una unidad humana vigorosa y armoniosa de estampa, pensamiento y acción. Sus antepasados, los vascos, lo habrían llamado *skuara*, una integridad pujante de cuerpo, mente y conducta. Fue siempre un patriota, intransigente frente a todo aquello que pudiera afectar la integridad, seguridad, libertad y honor de su país o menoscabar los derechos, intereses y tradiciones de su pueblo. Y fue también un permanente militante a favor de lo que los beneficiara y un opositor inflexible a todo lo que los ofendiera. Puesto que fue agente y ejemplo de integridad patricia y ciudadana, la historia lo ha erigido en símbolo de un pasado de lucha y esperanza y en maestro para un presente problemático y riesgoso, al que los políticos deberíamos mirar —ya que tanto lo invocamos— para que nos animemos a imitarlo en su patriótico accionar.

Allí están su pensamiento, su acción y su vida expuestos con maestría literaria y responsabilidad histórica en los libros de Manuel Gálvez, Gabriel Del Mazo, Félix Luna y otros escritores. Miremos a Hipólito Yrigoyen y así comprenderemos aquello que dijo el prócer: "La Nación no quiere sangre ni turbulencia, ni desmedros ni menoscabos. Quiere realizarse en el ejercicio de todos los derechos humanos. Quiere vivir la vida de la solidaridad nacional y la fraternidad universal".

Yrigoyen fue hombre de gobierno y hombre de llanura, tan grande en una como en otro, mirando desde lejos más grande la llanura. Su físico trasuntaba la reciedumbre de su argentinidad inviolable y de su americanismo altivo y solidario.

Miremos hacia Yrigoyen, mirando todos hacia nuestro país y hacia nuestro propio corazón, sede de los sentimientos fundamentales del amor y de la paz. Yo lo digo humildemente en esta hora crucial que vive la República, en que

tenemos la responsabilidad histórica de actuar con el criterio de la dinámica moderna, con la realidad insoslayable de la vertiginosa evolución; y debo decir todo lo que siento porque desde mi corazón la voz de Juan Domingo Perón —al decir de Homero— me grita: "Acuérdate de tu patria". Y porque me acuerdo de mi patria no olvido que así como muchos argentinos tuvieron la palabra de Yrigoyen, que en su hora los alentó y orientó en momentos de incertidumbre y lucha a trabajar por la patria, millones de argentinos también hemos escuchado la palabra de Juan Domingo Perón que nos manda a ser leales con la República, a trabajar al lado de nuestro pueblo, a defender la identidad nacional en todos los terrenos y con todas las consecuencias, sintetizada para la posteridad en las tres banderas que nos legara: justicia social, independencia económica y soberanía política.

Señor presidente: no es necesario hacer en profundidad panegírico alguno ni adornar con demasiados adjetivos a este luchador de la Unión Cívica Radical que puso en vigencia la democracia real en 1916 y que rescató de la indignidad y la deshumanización al pueblo trabajador, que estaba en un continuo letargo por decisión implacable de la oligarquía contumaz del puerto. Su tránsito terrenal, al igual que el del general Perón, conjuga el ardor que la Providencia otorga a los iluminados por el ideal con la acción febril, infatigable y descarnada por la felicidad real de sus compatriotas.

Los dos líderes, indiscutiblemente, fueron caudillos y conductores de su hora que lucharon sin cortapisas en favor de la Nación toda. Aprendamos, en fin, las enseñanzas de Hipólito Yrigoyen y de Juan Domingo Perón para preservar la integridad territorial, la propiedad de las riquezas naturales, la facultad soberana de decidir en asuntos exteriores, la vigencia de la democracia sin simulaciones ni deformaciones, la defensa de los derechos del pueblo; y transitemos definitivamente por el camino de la pacificación nacional, cristalizando así la unión de los argentinos, base positiva e indispensable para realizarnos en este mundo cubierto más de sombras que de luces, para que las relaciones de los hombres en nuestra sociedad sean para siempre de solidaridad y no de competencias y agresión. Nos lo mandan desde la historia Hipólito Yrigoyen y Juan Domingo Perón. Yrigoyen, desde la estatua de gloria que el pueblo le ha levantado; Perón, desde la bandera de redención que el pueblo ha recogido de su nombre, su doctrina y su mandato; porque ellos son dos banderas con las que el pueblo argentino ha hecho una sola, ya que aquí tenemos y tendremos, pese

a diferencias y polémicas lógicas, una sola patria, un solo pueblo y una sola bandera. (Aplausos.)

Sr. Presidente (Pugliese). — Para el mismo homenaje tiene la palabra el señor diputado por la Capital.

Sr. Conte. — Señor presidente: mi bancada quiere adherir a este homenaje al gran hombre que se llamó Hipólito Yrigoyen.

Creemos que hay un matiz que por sí solo justifica el ingreso de Yrigoyen como primera figura de la historia grande del país: fue, a mi entender, el primer presidente auténticamente constitucional que tuvimos los argentinos. La génesis de su mandato fue transparente, cristalina, acorde a lo previsto en nuestra Carta Magna.

Hasta 1916 la democracia había sido una ficción con efectos excluyentes; un sistema deforme que había servido para legitimar los deseos e intereses de un patriciado oligárquico.

Si penetráramos en la acción administrativa y legislativa de este hombre no me cabe ninguna duda de que rescatáramos dos dimensiones principales: por un lado, la política internacional, y por otro ciertas reformas laborales que hicieron que hasta hoy se hable del "obrerismo" de Yrigoyen.

En relación con la primera, me parece que aquella famosa orden dada a un oficial de Marina lo dice todo: "Id y saludad al pabellón dominicano". Frente a la opción entre el imperalismo y la legítima resistencia de las naciones dominadas, Yrigoyen no especulaba ni tenía dudas. Por el contrario, actuaba automáticamente.

En cuanto a su política hacia los trabajadores, marcó hitos realmente significativos como fueron las leyes de trabajo a domicilio y de jubilaciones para ferroviarios y bancarios, así como la preparación de los códigos del Trabajo y de Seguridad Social.

Pero hay algo más importante en Yrigoyen: su concepción de la democracia como objetivación de la ética y de la incorruptibilidad, como objetivación de la ruptura drástica y enérgica con un pasado plagado de venalidades, de violencia al servicio de las minorías y de violación de los derechos elementales del hombre.

Para Yrigoyen el paso que él llamó "del régimen a la reparación" no era la transición vacilante y ambigua desde la injusticia a una justicia de paños tibios. Por eso escribe en 1923 en *Mi vida y mi doctrina*: "Creí sacrilega la pretensión del régimen de querer eslabonar su pasado con la actualidad en el escenario de la República dentro de un acomodaticio determinismo histó-

rico". Por eso también, en el mismo texto, no se arredra en decir: "Benditos sean los que piden transigencia en las actitudes personales; pero los que la piden en el orden de los principios, malditos serán para siempre. No habrá poder humano que me haga transigir con las conculcaciones, con las irregularidades, con las agresiones, con la deshonestidad ni con el vicio, en ningún sentido, en ninguna forma ni por ninguna razón".

Esas sabias palabras patentizan, por cierto, la vigencia de un hombre que por su acción y sus ideas parece estar acá y hoy todavía entre nosotros. Estoy seguro de que ante el desolador y grotesco espectáculo que están dando los asesinos uniformados de un ayer que aún nos desgarran, invocando con soberbia la validez de su gesta sangrienta y quizás amenazando para un futuro, Yrigoyen les diría y nos diría lo mismo que dijo hace cincuenta años: "Nada se hará impunemente y todos somos responsables de nuestras conductas y las leyes se cumplirán con toda la exactitud de sus preceptos. Mediten en esto los empeñados en proseguir por una ruta fatal y que alientan imprudentes las perspectivas de un funesto porvenir".

Recojamos la riqueza de estas frases. Al igual que en el pasado este Yrigoyen que ahora parafraseamos y revivimos nos está señalando lo que hay que hacer ya, sin demoras ni argumentos falaces. (*Aplausos.*)

Sr. Presidente (Pugliese). — Para el mismo homenaje tiene la palabra el señor diputado por Buenos Aires.

Sr. Monserrat. — Señor presidente: para un intransigente rendir homenaje a Hipólito Yrigoyen es exaltar los valores que nutren su pensamiento primigenio; es exaltar el ideario nacional, popular y revolucionario, que constituye su raíz histórica hasta los días presentes.

Por eso adherimos fervorosamente a este homenaje realizado por esta Cámara en el mes de julio, que abre y cierra el ciclo vital de este gran argentino; de este hombre nacido en 1852 y que habiendo alcanzado las más altas dignidades públicas murió en la pobreza más absoluta en 1933, después de haber protagonizado el proceso de cambio que hizo posible incorporar a las masas populares a la vida cívica y que permitió superar al régimen oligárquico tradicional que mantenía alejado al pueblo de la conducción de su propio destino.

Hipólito Yrigoyen, con su obra revolucionaria, inauguró la Argentina moderna.

A partir de la lucha contra el régimen, de la lucha en favor de la causa de la reparación na-

cional, fue sentando las bases de una democracia auténtica; fue rescatando el poder de decisión para colocarlo en las manos de nuestro pueblo.

Además nos dejó el más acabado ejemplo moral al incorporar a la práctica de la vida cívica argentina un profundo y rígido sentido ético. Alguna vez dijo, para ejemplificar este pensamiento, que "ningún arquitecto humano levantó muros sobre asientos de lodo".

Pero también introdujo en la acción de gobierno y en la vida cívica del país la preocupación por lo social. No sólo se preocupó por los aspectos políticos e institucionales.

Tanto a nosotros como a otras fuerzas políticas argentinas nos dejó una herencia, un rico pensamiento en el que particularmente destacamos el concepto de la intransigencia, que para nosotros es nuestra bandera fundamental.

Descalificó el acuerdo; descalificó el concepto de transigir con los ideales, con los objetivos que se vinculan con la grandeza de nuestra patria y con la posibilidad de crecimiento y bienestar para nuestro pueblo.

Alguna vez dijo que "al amparo de las políticas del acuerdo es como se cometieron todas las defecciones, traicionando los deberes patrióticos".

"Esa política del acuerdo, al dar patente de indemnidad a los grandes culpables, ha aumentado los males y los agravios." Y señaló finalmente, en forma categórica, que "no es posible esperar la regeneración del país de los mismos que lo han corrompido", conceptos de permanente vigencia, que ya han sido repetidos por nosotros en esta Cámara en esta recuperada democracia.

Además, su acción de gobierno constituyó el desarrollo de un pensamiento revolucionario, que sentó las bases de una política de enfrentamiento a los intereses de la oligarquía y del imperialismo. Frente a las presiones imperiales mantuvo la neutralidad durante la primera guerra mundial. Retiró nuestra delegación de la Liga de las Naciones cuando no se aceptaron principios elementales de igualdad entre todos los pueblos del mundo. Permanentemente señaló la afirmación del principio de la autodeterminación de los pueblos. Es conocida, pero siento la necesidad de repetirla, aquella frase inolvidable que dirigió en 1929 al presidente Hoover de los Estados Unidos de América: "Los hombres deben ser sagrados para los hombres y los pueblos sagrados para los pueblos".

Pero no fue sólo una lucha por la libertad política para permitir al pueblo elegir frente a

las oligarquías. Fue también una lucha por la libertad económica para el país y para el pueblo frente a los intereses del capitalismo voraz. Fue también una lucha por la libertad social frente a la miseria. En este sentido también su pensamiento tiene una vigencia rectora aun en nuestros días.

En el memorial del año 31 a la Corte Suprema denunció "la irritante desigualdad entre la riqueza deslumbrante frente a la pobreza y la miseria extrema". En su mensaje del año 22 al Parlamento planteó la necesidad de "excluir definitivamente los privilegios y fueros que pueden desvirtuar el principio básico de la unidad nacional", y también señaló —demostrando su concepción de la democracia no sólo formal sino con su verdadero sentido social— la necesidad de "disminuir los impuestos que gravan los artículos de primera necesidad, para hacer menos difícil la vida de las clases trabajadoras".

Defendió tenazmente el patrimonio nacional. Como es sabido, fue el creador de YPF. Bregó por la política de preservación de nuestras riquezas. Esto lo dejó claramente establecido en su mensaje del año 30 cuando señaló que "la riqueza de la tierra como la del subsuelo mineral de la República no puede ni debe ser objeto de otras explotaciones que la de la Nación misma". En el año 20 señaló que mientras durase su mandato el Poder Ejecutivo encabezado por él "no enajenaría ni un adarme de las riquezas públicas ni cedería un ápice del dominio absoluto del Estado sobre ellas". Por eso surgió la reacción oligárquica que depuso su gobierno constitucional, popular y democrático en el año 30; que lo encarceló y lo persiguió, intentando denostar su límpida trayectoria.

Pero no fue el pueblo quien quemara sus bienes y celebrara su caída; sí fueron los sectores representativos de los intereses de la oligarquía y el imperialismo. El pueblo fue quien lo recibió luego en sus brazos al regresar del ostracismo; el pueblo fue quien lo lloró en forma desconsolada en la hora de su muerte. Ha transcurrido ya más de medio siglo de su desaparición física, pero sin embargo su figura cubre nuestra historia y nos guía con su ejemplo moral y con su pensamiento orientado a preservar los valores fundamentales de nuestra República.

Con estos sentimientos de admiración y de respeto hacia este argentino grande y con el compromiso de mantenernos en la orientación que marcara, rendimos este justo homenaje a la memoria de don Hipólito Yrigoyen, asumiendo la responsabilidad de seguir permanen-

temente defendiendo las banderas que él levantara para la realización plena de nuestra Nación y para las posibilidades de superación y de progreso de nuestro pueblo. (*Aplausos.*)

Sr. Presidente (Pugliese). — Para referirse al mismo homenaje tiene la palabra el señor diputado por Santa Fe.

Sr. Sobrino Aranda. — Señor presidente: los oradores que me han precedido en el uso de la palabra han hecho una exquisita síntesis de la historia vívida de este gran político que fue don Hipólito Yrigoyen.

No es mi intención reiterar conceptos vertidos anteriormente porque entiendo que de ese modo le estaría quitando la envergadura que reviste la circunstancia de rendir homenaje a hombres que, como don Hipólito Yrigoyen y Juan Perón, representan la expresión de la Argentina movimientista, impregnada de justicia social.

Por eso creo que es mi deber trasuntar el pensamiento de los hombres de mi generación que se incorporaron al peronismo durante los años 1944 a 1946, dejando en claro que sus banderas eran las de Alem, Yrigoyen y Perón.

Este hombre fue amado por las masas y por el pueblo argentino, y odiado por selectas e ínfimas clases sociales que no comprendieron el alcance y el sentido de quien venía a dignificar y a abrir la puerta grande para que se hiciera política en serio por el pueblo en su conjunto.

Estos dos grandes hombres que ha dado este siglo representan el sentimiento de la argentinidad, de la justicia social. Hipólito Yrigoyen, con sus características, sus modismos, sus sistemas, sus formas, y Juan Perón, tal vez con otras características distintas, ambos expresaron la síntesis de lo que debe ser la Argentina del futuro.

No basta recordar qué es lo que hicieron estos hombres, sino que es necesario ponernos de acuerdo para interpretar qué es lo que quisieron hacer para el futuro, para que el país despegue de esta tremenda etapa que nos toca vivir enarbolando las banderas de independencia y de soberanía nacional.

Hipólito Yrigoyen, ese gran místico, con su actividad y su silencio logró de esta antítesis obtener un carisma que provino, muchas veces, de la escueta palabra con que profundizaba todas las cosas. Quiero rescatar algo que me llamó poderosamente la atención y que quisiera vertir en este momento.

En 1923, en uno de sus pocos discursos, Hipólito Yrigoyen dijo que era necesario que se terminara con la política extrema de hijos y entenados o de hijos y réprobos, porque él sostenía que los hijos de hoy pasaban a ser los ré-

probos de mañana y los réprobos de hoy los hijos de mañana. Es así que el país vivió el desencuentro y hoy debemos tratar de despegar para lograr la unidad nacional, la unidad espiritual, misión que los dos partidos que tienen como pilares fundamentales de la política a Hipólito Yrigoyen y Juan Perón deben cumplir sobre la base de toda esa conducta, de toda esa gestión, de toda esa ética, en especial en momentos como los actuales, donde los egoísmos y las conveniencias hacen que se subviertan los grandes principios.

Don Hipólito Yrigoyen, ese hombre del silencio, pero de la acción, tuvo gestos que definieron toda su política. Quiero rescatar algo que todavía no he oído en este recinto: la neutralidad con altivez que él mantuvo con respecto a la Primera Guerra Mundial y por la cual fue atacado. Aquí no se rescató la altivez que supo poner en cada uno de sus actos.

Alemania tuvo que someterse dos veces a la acción de Yrigoyen. La primera tuvo lugar cuando aquel país hundiéndose una de nuestras corbetas e Yrigoyen exigió que la bandera argentina fuera desagraviada en la propia Alemania. Fue un acto pleno de altivez en defensa de nuestra soberanía y de nuestra nacionalidad.

La otra oportunidad se presentó cuando expulsó al embajador alemán por estar desarrollando una tarea de espionaje; obtuvo todo tipo de disculpas. Así actuaba don Hipólito Yrigoyen, como actúan los grandes hombres, sin mirar las consecuencias y con toda virilidad cuando las circunstancias lo exigen.

Creo que así como en 1923 Hipólito Yrigoyen buscó lo que él denominó la fraternidad colectiva argentina, que no existía, en 1973 Juan Perón dijo que "para un argentino no debía haber nada mejor que otro argentino"; es decir que cincuenta años después volvió sobre algo que los argentinos no habían podido o sabido cumplir: la solidaridad colectiva, la necesidad de los argentinos de amarse, de respetarse en sus diferencias y de tratar de no manejar la política de extremos, que hace que se oscile de un lado al otro sin encontrar la ecuanimidad del término medio que Hipólito Yrigoyen y Juan Perón supieron manifestar en toda su actividad política desde el principio hasta el fin de sus días.

Por ello es que esta bancada justicialista se honra en defender y elogiar a don Hipólito Yrigoyen, que fue el que hizo nacer la dignificación social en paz que luego Juan Perón exaltara y popularizara.

Desde ese punto de vista creo que de aquí en más nuestro accionar debe consistir en he-

chos concretos y no en borrar con el codo lo que escribimos con la mano. Debemos sepultar a los Baring Brothers, a los Prebisch, a los Martínez de Hoz y a los Wehbe para que haya justicia social y una economía que posibilite la verdadera unidad nacional en la que creemos y con la que estamos comprometidos. Sin lugar a dudas es menester que estemos unidos para tratar de lograr que el país encuentre su despegue final.

En tanto exista una criatura necesitada, mientras haya un viejo dolorido o una mujer abandonada no seremos consecuentes con el accionar y la obra de don Hipólito Yrigoyen. (Aplausos.)

Sr. Presidente (Pugliese).— Para el mismo homenaje tiene la palabra la señora diputada por Jujuy.

Sra. Guzmán. — Señor presidente: en nombre del Movimiento Popular Neuquino, del Movimiento Federalista Pampeano, del Partido Bloquista de San Juan y del Movimiento Popular Jujueño vengo a rendir homenaje a don Hipólito Yrigoyen.

Resulta difícil estar a la altura de este cometido porque desgranar conceptos sobre un hombre de semejante complexión espiritual y de tan profunda impronta en la vida política argentina es algo que trasciende al simple ejercicio de la elocuencia.

Era un político de raza; más que político, un estadista que podía mirar al futuro desde el presente sin equivocar el camino, manteniendo una línea de conducta más allá de las conveniencias del momento o los espejismos del engaño.

"Que se pierdan mil presidencias pero que se salven los principios", decía Yrigoyen. Él era intransigente en los principios y fue un verdadero ejemplo moral. En su legado ha dejado nitidamente señalado que la política es, ante todo, un sistema de lealtades cuya primera consigna es no renunciar al pueblo, escuchar al pueblo, no temerle y seguir las inspiraciones que brotan de su espíritu. Así supo conciliar lo nacional con lo popular.

Por eso, señor presidente, este hombre preocupado por la vida y por el drama de su pueblo estuvo siempre alerta y vigilante, en actitud de servicio, sabiendo ceder sin conceder ni desfallecer, porque no estaba en la entrega ni en el contubernio, como él decía, porque jamás se doblegó a la complacencia cortesana. Permanentemente erguido, demandó de los administradores del poder o de los opositores aquello que es justo, digno y legítimo para los gobernados. Enseñó, desde la perspectiva de la humildad, a no tener prejuicios ni veleidades providencialistas; que el país podía encontrar sus vías de progreso en el marco institucional

en el que quedaran salvaguardadas las libertades públicas, desterrando para siempre las prácticas del privilegio.

Interpretó y aplicó la Constitución Nacional con un profundo sentido federalista, elemento sin el cual toda idea de unidad en la diversidad no avanza más allá de la retórica. De él tomamos el federalismo como un verdadero prisma en cuyas distintas facetas está el rostro de la República y no una máscara para sostener el *statu quo*, ya denunciado por Dorrego, Urquiza, Alberdi, Pellegrini, Hernández, Cané y otros estadistas esclarecidos, *statu quo* desde el cual se perpetúa la anacrónica hegemonía de la estructura concentracionista del vasallaje y coloniaje externo.

La Argentina en pie es una edificación a la que debemos contribuir todos los que tengamos capacidad de apasionarnos y emocionarnos en la militancia, en el estudio y en el rigor del servicio.

Fuimos grandes y la grandeza es nuestra vocación, pero ella no puede terminar en la soberbia sino en la humildad, en la generosidad, en la justicia, en la paz y en la solidaridad social. Ese supremo pacto moral de defender estos principios en la acción es lo que la Nación reclama. Yrigoyen enseñó el camino y por él tributó sus virtudes ciudadanas. Sigámoslo en su pensamiento. (*Aplausos.*)

Sr. Presidente (Pugliese). — Para el mismo homenaje tiene la palabra el señor diputado por la Capital.

Sr. Rodríguez (J.). — Señor presidente: tengo el inmenso honor y la responsabilidad de rendir homenaje, en nombre del bloque de diputados nacionales de la Unión Cívica Radical, al doctor Hipólito Yrigoyen, una de las figuras que muy de tanto en tanto aparecen en la escena política argentina; una de las figuras trascendentes de esa política. No es menor la responsabilidad de hacerlo en una jornada como la de hoy, en la cual también esta Cámara rinde homenaje a alguien que representó los intereses y los deseos de bienestar de una inmensa mayoría del pueblo argentino: el general Perón.

Pareciera, señor presidente, que julio es el mes de las desapariciones de los grandes líderes populares de la Argentina. Una visión fatalista de la historia diría que es un mes siniestro para la causa de las grandes mayorías. Pero más allá de esta coincidencia fatal en las fechas, lo que importa hoy aquí es recalcar la coincidencia y los puntos de confluencia en los grandes objetivos, la unidad de concepto y criterio en los destinos que guían al pueblo de esta Nación.

Son muchas las facetas a analizar en la personalidad de don Hipólito Yrigoyen. Ni siquiera es tan importante pensar que fue el líder del primer movimiento de masas auténticamente nacional y popular de la Argentina de este siglo. Creemos que lo importante a rescatar y valorizar hoy es la actualidad de sus juicios. Hipólito Yrigoyen planteaba la antinomia en esta sociedad como la contradicción existente entre la causa de los desposeídos y el régimen falaz y decreído. Esta antinomia sigue expresando cabalmente la disyuntiva histórica de la sociedad argentina. Es la antinomia con quienes no entienden que es la democracia y la participación popular el camino acertado para solucionar los grandes problemas de la Argentina; hay que decirlo, señor presidente: algunos de ellos no están hoy sentados en sus bancas precisamente porque no entienden que la unidad de las grandes mayorías personificadas en las figuras de Hipólito Yrigoyen y Juan Domingo Perón es la única garantía de avanzar en el proceso de liberación nacional. (*Aplausos.*)

Este homenaje sería sólo una formalidad si nosotros no ratificáramos nuevamente el compromiso asumido muchas veces en todas las tribunas políticas del país erigidas por los partidos populares: el compromiso de terminar definitivamente con las causas del atraso y de la injusticia en la Argentina, el compromiso de acabar con los mesianismos que recientemente hemos padecido, el compromiso de terminar con las interrupciones a la voluntad popular libremente ejercida.

Aquí se dijo que los argentinos padecemos en los últimos años el más feroz aparato terrorista instaurado desde el Estado, pero los radicales decidimos, citando a Yrigoyen, que "no venimos a vengar los agravios inferidos a la República sino que venimos a repararlos", y esto es lo importante. Estamos absolutamente convencidos de la necesidad de la reparación nacional y social; pero ella será imposible si se piensa que puede edificarse sobre la base del agravio o la venganza.

Estamos en los albores de una nueva etapa histórica. El 30 de octubre significa un punto de inflexión en la historia argentina. Es la ratificación de avanzar hacia una sociedad diferente, de avanzar en la construcción de una Argentina que es posible. Si comprometemos nuestro esfuerzo aun dando los mejores años de nuestra vida, si avanzamos en la consolidación de la unidad nacional —unidad nacional que no es la frase hueca declamada por los artífices de la decadencia argentina, unidad nacional que es la que hacemos cada día codo a codo todos los

argentinos sin pequeñeces ni sectarismos, unidad nacional que implica no ver segundas intenciones en lo que dice el adversario político, unidad nacional que se hace sobre la base de la lealtad ejercitada hasta sus últimas consecuencias y en todos los actos—, entonces sí podremos pensar en una sociedad fraterna, igualitaria, abierta, pluralista, justa en el trato para con todos sus integrantes e inclinada hacia una relación solidaria con nuestros hermanos latinoamericanos.

Decía que es un desafío que tenemos, señor presidente. Serán precisos muchos sacrificios y esfuerzos para ganar los combates que nos restan, pero que quede presente y grabado que estos combates se harán sobre esta sentencia de don Hipólito Yrigoyen que marca precisamente los principios que dan sentido y cuerpo a este partido popular que hoy tiene la responsabilidad de conducir los rumbos de la República en acuerdo con el resto de los partidos políticos.

Decía don Hipólito Yrigoyen: "No debemos transigir con nada de lo que fue justamente condenado ni abdicar de nada de lo que ha sido legítimamente sancionado". (*Aplausos.*)

Sr. Presidente (Pugliese). — Con las palabras vertidas por los señores diputados queda rendido el homenaje de la Honorable Cámara a la memoria del presidente Hipólito Yrigoyen.

4

HOMENAJE AL PRESIDENTE JUAN DOMINGO PERON

Sr. Presidente (Pugliese). — Para rendir homenaje al presidente Juan Domingo Perón tiene la palabra el señor diputado por Buenos Aires.

Sr. Alvarez (R. P.). — Señor presidente: tengo hoy la responsabilidad, en nombre de mi bloque, de rendir homenaje al general Juan Domingo Perón.

En un clima particular recordamos el fallecimiento de Juan Domingo Perón. Hoy, en 1984, la Argentina vive un momento crucial en medio del caos económico y social que nos legó como herencia la dictadura más sangrienta de nuestra historia y del recuerdo de demasiados años de desencuentros previos de los sectores populares y nacionales de nuestra política.

Estamos en la alborada de una democracia que debemos afianzar y extender para los tiempos futuros; pero para que esto último sea posible es imprescindible que todos recordemos sin exclusión el mensaje que entregó al país el general Perón con su vida diez años atrás: "Esta situación la arreglamos entre todos o no la arregla nadie". (*Aplausos.*)

Ese mensaje de paz, de lucidez y de unión nacional puede y debe simbolizarse con el abrazo de Perón y Balbín, con ese encuentro que marcó el final de muchos desencuentros previos. Aún suenan en mis oídos las palabras de Balbín cuando ante el cadáver de Perón y en nombre de viejas luchas rendía homenaje al amigo muerto.

Los argentinos hoy tenemos que remontar una situación aún peor que la de hace diez años atrás. Debemos tener plena conciencia de nuestros males actuales; el dolor y la vergüenza del recuerdo de violencias salvajes y destructivas; una represión ilegal con miles de muertos, torturados y desaparecidos, un aparato productivo paralizado y semidestruido; una enorme cantidad de desocupados o subocupados, sumidos en la indigencia o en la pobreza extrema; una disminución en el salario real que afectó y aún afecta a numerosos trabajadores en sus necesidades mínimas; una economía de especulación que dañó la producción y produjo cierres de fábricas, despidos y hambre en el pueblo; y una deuda externa descomunal ante la cual la banca internacional presiona a nuestro país con sus desmedidas apetencias.

Hoy, los argentinos tenemos que recordar el pasado de cara al futuro y en esta actitud no podemos olvidar, más allá de nuestras convicciones políticas, las enseñanzas de paz, concordia, unidad nacional y desinterés personal que hace diez años nos dejó Juan Domingo Perón a todos los argentinos.

No tiremos por la borda el consejo del viejo líder. Luchemos juntos, "abuenemos" las diferencias de algunos para poder marchar en conjunto hacia una Argentina justa, solidaria y humanista, que en libertad se ubique en el lugar que le corresponde dentro del concierto de las naciones.

Como asalariado y dirigente gremial, a pesar de no pertenecer al movimiento político que dirigió el general Perón, no puedo dejar de reconocer los aportes que brindó a la clase trabajadora argentina. En esta hora singular, a diez años de su muerte, vemos con claridad meridiana la dimensión de Perón dentro de la problemática nacional. Su proceso evolutivo y conciliador en la que fuera su última etapa política está sintetizado en la máxima "Para un argentino no hay nada mejor que otro argentino". La vigencia de estas profundas palabras trascenderá el tiempo y hoy más que ayer pero menos que mañana deberíamos grabarlas a fuego en nuestros corazones. (*Aplausos.*)

Sr. Presidente (Pugliese). — Para el mismo homenaje tiene la palabra el señor diputado por la Capital.

Sr. Rabanaque. — Señor presidente: hay pocos hombres en la vida de un país que tienen la mágica virtud de trascender su propio tiempo. Son los que han sellado un pacto de inmortalidad con su pueblo. Son aquellos para quienes ni siquiera la oscuridad de la muerte puede hacer que su vida deje de brillar y tener la luminosidad que le corresponde. El general Juan Domingo Perón pertenece a esa clase de personas. Fue un líder que no necesitó de mausoleos ni de estatuas, porque más allá del bronce perdura en el cariño y afecto de sus seguidores y en el respeto de sus adversarios.

Perón fue un hombre que juntamente con su mejor compañera, Eva Perón... (*Aplausos.*)... cubrió toda una etapa trascendente de la vida política de nuestro país. En circunstancias difíciles para la Argentina, en momentos en que otro gran movimiento nacional y popular como fue el radicalismo declinaba de sus posiciones revolucionarias, supo levantar las banderas de la clase obrera argentina y de los sectores más desposeídos del país.

Lamentablemente, en aquel pasado aquellos que tenían orígenes radicales quedaron en una insípida Unión Democrática y el peronismo llegó para cubrir el espacio político que necesitaba el pueblo argentino.

Yo no voy a entrar en un análisis detallado de la obra cumplida por Perón y por su pueblo pero quiero reivindicar que fue sin duda el movimiento peronista el que permitió el acceso de los obreros argentinos y de los sectores de menores recursos a la vida política del país, como también logró que la mujer tuviese por primera vez la oportunidad de decidir con su voto los destinos de la Argentina.

Fueron épocas difíciles, con mejoras para los sectores de menores recursos y donde al niño, a la mujer y al anciano se les reivindicó un lugar que no tenían.

Este Parlamento fue muchas veces testigo presencial de aquellas viejas luchas políticas entre el peronismo y el radicalismo, de épocas que tuvieron circunstancias difíciles, en que a veces el desencuentro y la incomprensión jugaban más allá de los intereses del país.

Pero también quiero reivindicar de esas épocas, de ese tiempo y de ese Parlamento a aquellos hombres que aún desde la oposición tuvieron coraje y valor, como fueron Oscar Alende, Luis Dellepiane, Ricardo Balbín, Arturo Frondizi, Raúl Uranga y otros supuestamente más

modestos, pero con igual coraje y valor, como el diputado y constituyente Mario Bernasconi. Ellos también ayudaron, a su manera, a hacer esta Argentina que venía creciendo merced al peronismo. Después, todo es conocido; la caída del gobierno, la supuesta Revolución Libertadora, la persecución al movimiento justicialista, el exilio del general Perón durante tantos años y la proscripción de su movimiento.

Pero sus banderas siguieron estando al lado del pueblo. Volvió un día porque así se lo reclamaban las mayorías nacionales y tuvo la generosidad de volver con una actitud distinta y mejor, la actitud que siempre tuvo pero que en todo caso era aún mejor.

Yo recuerdo la respuesta que le dio a un periodista, cuando a su retorno le inquirió si volvía a la Argentina para tomar venganza de sus adversarios. Con su genio y su simpatía contestó: "Señor periodista, yo ya soy un león herbívoro. Vengo a servir a la Nación". Así lo hizo, con el viejo coraje del león pero con una actitud de grandeza y de generosidad. (*Aplausos.*)

Yrigoyen y Perón marcaron, sin ninguna duda, estos ochenta años de nuestro siglo. Fueron y serán, sin temor a equivocarnos, los hombres más grandes e importantes que nuestro país tuvo en este siglo. (*Aplausos.*)

Los dos cayeron junto al pueblo; los dos encontraron la muerte caminando de la mano del pueblo.

Un inmenso poeta cubano, hacedor de la libertad de su patria, José Martí, decía que la bandera de la liberación es como la bandera de los barcos ante los vendavales, que cuanto más la azotan los vientos más flamea.

A Yrigoyen y a Perón intentaron arrojarles las vientos de la injusticia y de la mentira, pero ellos contestaron siempre levantando las banderas del pueblo y de la liberación. (*Aplausos prolongados.*)

Sr. Presidente (Pugliese). — Para el mismo homenaje tiene la palabra el señor diputado por Neuquén.

Sr. Gutiérrez. — Señor presidente: este bloque del Movimiento Popular Neuquino, con la adhesión del Movimiento Bloquista de San Juan, del Movimiento Federalista Pampeano y del Movimiento Popular Jujeco, viene a rendir su homenaje a este militar que sale a la luz de los acontecimientos luego de instaurado el gobierno militar de 1943 y que fuera el general Juan Domingo Perón.

Durante casi treinta años Perón ha de mantener un liderazgo indiscutido, que nace a la

luz de los acontecimientos desde aquella vieja Dirección General del Trabajo —vetusto organismo que no servía a los sectores laborales—, mientras ejercía el cargo de vicepresidente de la Nación y presidente del Consejo Nacional de Posguerra.

Pero ha de ser desde la Dirección General del Trabajo —más tarde Ministerio de Trabajo y Previsión— que imprime su sello y define una doctrina al movimiento del 4 de junio de 1943, del que definitivamente sería su abanderado, interpretando las necesidades y aspiraciones del pueblo trabajador.

Su sensibilidad social y su anhelo de mejorar las infrahumanas condiciones en que se debatían los trabajadores, marginados del cuerpo social de la Nación, fueron el motivo con que se atendían las demandas del sector obrero, que sólo él supo auscultar e interpretar.

El movimiento de masas y la transformación económico-social que se producen son hechos inéditos. Puesto en prisión por los personeros de la entrega y la dependencia, es rescatado por las clases trabajadoras en aquella histórica jornada del 17 de octubre de 1945. A partir de entonces el pueblo se reencuentra con su líder y desde aquella fecha hasta el pasado reciente reina en el corazón de su pueblo, al que no abandonará jamás.

De aquella primera etapa de su gestión nacen algunas leyes revolucionarias, como el estatuto del peón de campo, ese trabajador rural que hasta entonces era tratado como objeto o cosa durante su vida útil para luego ser arrojado del trabajo en el que sufriera toda clase de atropellos a los derechos humanos, y el desconocimiento de los inherentes a la dignidad del trabajador. Ello provoca una verdadera revolución en el campo social.

También se le deben el Instituto de las Remuneraciones, la extensión del sistema jubilatorio a sectores no protegidos, la protección al trabajo de la mujer y a la maternidad. Así enarbola la bandera de la justicia social. En el campo de la economía se crea el IAPI para la defensa de la producción primaria, y se nacionalizan los ferrocarriles y la banca. Pero también en esa época se enarbola la bandera de la justicia social. Nace la Fundación Eva Perón destinada a atender en forma directa las carencias de los humildes; al frente de la entidad actúa con fuerza arrolladora la incomparable Evita. Y luego se crea la Confederación General del Trabajo, en donde se nuclean y defienden los derechos del trabajador.

Con todas estas conquistas sociales el pueblo tuvo sentido de respeto por la dignificación del

hombre y adquirió un concepto patriótico de la vida y de su responsabilidad social, desarrollando sensibilidad humana frente al dolor de los demás. De un pueblo así es posible aguardar todo cuanto es necesario para que una Nación alcance en el concierto mundial el privilegio de un destino de grandeza como el que aspiramos para nuestra patria.

La participación cívica de la mujer en la actividad política y el establecimiento del voto femenino terminan con una odiosa y anacrónica discriminación.

Todos los ámbitos del quehacer nacional e internacional son abarcados en esta verdadera revolución nacional que lleva a cabo este líder conductor de masas.

En política exterior se definió por la tercera posición, actitud que daría lugar a la formación del grupo del Tercer Mundo, que busca sostener una política independiente con el objetivo de evitar caer en la esfera de influencia de las grandes potencias.

Sus banderas de soberanía política, justicia social e independencia económica jamás fueron arriadas y constituyen el basamento filosófico de este gran estadista, que luego de casi ocho años de exilio regresa con su liderazgo intacto, aclamado por su pueblo: viene a cumplir con la última etapa de su destino histórico: sellar la unidad nacional y terminar con los desencuentros; viene como prenda de paz que sella con el abrazo al adversario hidalgo. En él está la grandeza de su amor por la patria y por todo el pueblo de la Nación para afianzar definitivamente una patria justa, libre y soberana.

Juan Domingo Perón, el general, se ganó la admiración de todos los pueblos de América. El pueblo argentino recuerda un aniversario más de su fallecimiento, y hoy esta Honorable Cámara le rinde su más justo homenaje a quien además fuera tres veces presidente de la Nación. (Aplausos.)

Sr. Presidente (Pugliese). — Tiene la palabra el señor diputado por Entre Ríos.

Sr. Jaroslavsky. — Señor presidente: esta sesión tiene un significado muy especial. El ambiente de la Cámara está impregnado de evocaciones que son los adornos y las exaltaciones de justos homenajes a dos hombres políticos que en la Argentina marcaron la impronta de un siglo desde dos movimientos populares.

No es una curiosidad la extraordinaria similitud que guardan entre sí. No es una casualidad que en un tiempo nosotros hayamos sido "la chusma peludista" y que otros hayan sido en otros tiempos los "descamisados" o "grasitas".

No es una casualidad que estos dos grandes hombres de la Argentina merecieran y recibieran la consagración multitudinaria de la voluntad popular en comicios democráticos y libres: en dos oportunidades uno y en tres el otro.

No he elaborado un discurso para cumplir con el deber que me impuso el bloque a fin de que, como su presidente, expresara el homenaje de los diputados de la Unión Cívica Radical a la memoria del teniente general Juan Domingo Perón. No es una actitud de irreverencia. Por el contrario, debe considerarse como un homenaje de quien confía en que su espontaneidad, si bien tal vez quite elocuencia y brillo a la exposición, seguramente le va a dar la credibilidad a la que se considera con derecho a aspirar, por cuanto no es de ahora que piensa como piensa, sino que a través de una larga militancia ha acreditado en forma pública e inequívoca las mismas ideas que hoy defiende, muchas veces en la soledad y en la incompreensión, para luego verlas triunfar y hacerse carne en multitudes.

Con verdad se dijo que algunas bancas vacías demuestran que todavía hay quienes no comprenden y guardan silencio; pero a veces pareciera que algunos de los que hablan tampoco comprenden.

Prefiero valerme de la frase feliz del presidente de la Cámara, cuando hizo referencia a la memoria y al futuro; no porque tengamos necesidad de huir de un examen en el que cada uno expondría lo suyo al juicio de los semejantes y de la historia, sino porque creo que en ocasiones a los argentinos nos pesan los próceres. A veces pareciera que son una carga tan tremenda que quizá, como al hijo de un padre ilustre, éste lo disminuye un poco y lo hace desconfiar de su propia fuerza para emularlo.

Estoy ocupando en este bloque el lugar que tenía nada menos que Ricardo Balbín. A pocos metros de aquí, frente al cadáver del general Perón, Balbín pronunció un discurso que lo proyectó definitivamente a la historia grande de los argentinos, coronando una tarea y una lucha que había emprendido muchos años antes con el mismo propósito que se cristalizó en aquel abrazo histórico.

Por ello, sería una torpeza imperdonable pretender emular la música y la poesía honda de aquellos sentimientos. Extraigamos de ellos el mensaje, qué nos dijeron, qué tenemos que hacer, porque respondiendo a esos interrogantes iremos encontrando la forma de rendir homenaje a esa lucha todos los días.

Recordaba hace un instante los últimos momentos del general Perón y la forma en la que

uve noticias de su muerte, en momentos en que llegaba a Buenos Aires, ya que veníamos para asistir a un importante acontecimiento partidario, tal como era la elección de autoridades del Comité Nacional del radicalismo.

Veníamos de una de las etapas de nuestra democracia interna ejercida, como siempre, con fuerza y fervor. Algunos de nosotros formamos parte de lo que resultó minoría por mandato de la voluntad de los integrantes de nuestro partido. Teníamos otro candidato para la presidencia del comité radical, pero la muerte de Perón y el discurso de Balbín determinaron que entenderíamos que era necesario —habíamos estado inredados en una polémica interna— presentar a la Unión Cívica Radical férreamente unida en un solo haz. Después de discutir mucho decidimos que debíamos votar por unanimidad a Ricardo Balbín para la presidencia de la Unión Cívica Radical. Esta era la forma que encontramos para que nadie pudiera abrigar una sola duda en cuanto a que cuando Balbín hablaba ante Perón muerto estaba expresando la totalidad de la voluntad del radicalismo. (*Aplausos.*)

Esto ocurrió así; es parte de nuestra historia pequeña y cotidiana. Muchos entendimos y entendemos lo que nos está pasando y lo que tenemos que hacer. Tal vez el primer deber de quienes entendemos consista en no desmayar ni vacilar ante el empecinamiento de los que todavía no entienden y en predicarles el mensaje que nos hará fuertes en la unión nacional. Debemos hacer que comprendan definitivamente que revolviendo viejas cosas del pasado tal vez se pueda encontrar alguna justificación personal que dé color o categoría de acierto a aquello que fue un error, pero no servirá de nada para avanzar hacia adelante.

De la conducta de estos hombres debemos extraer la sensación de su permanente, fresca, alegre, común y cotidiana compañía, sin pensar que nunca podremos hacer lo que ellos hicieron porque fueron grandes. Tal vez nunca lleguemos a sus alturas; pero si sabemos cumplir con nuestro deber en el lugar que ocupamos en esta lucha, seguramente los habremos entendido y honraremos sus trayectorias y sus mensajes.

Por ello es que me emociono cada vez que recuerdo a Perón en ese balcón de la Casa Rosada, cuando decía que se llevaba en sus oídos la música más maravillosa que era la voz del pueblo argentino. Se estaba despidiendo y lo hacía caminando con paso firme y el tranco largo hacia la muerte que para él sin duda representa la inmortalidad, al igual que para Hipólito Yrigoyen. (*Aplausos.*)

Sr. Presidente (Fugliese). — Para el mismo homenaje tiene la palabra el señor diputado por Buenos Aires.

Sr. Ibáñez. — Señor presidente: nosotros, los peronistas, nos sentimos tremendamente emocionados por el clima que hoy se respira en este recinto.

Las palabras de los distintos oradores deben servir de ejemplo para que los argentinos comprendamos, de una vez y para siempre, la necesidad de la unión nacional.

Creo que si hubiera sido contemporáneo de Yrigoyen hubiera abrazado la causa yrigoyenista. Pero en el país, luego de la muerte de Yrigoyen, ocurrieron hechos lamentables: no debemos olvidar la década infame. Y Perón, que indudablemente tenía marcado su destino en la vida del país, quiso la unión con el radicalismo. Ya un legislador mencionó que en aquel momento Perón enarboló también las banderas de Alem y de Yrigoyen como testimonio fundamental de que no ignoraba al radicalismo. Su deseo de unión no se limitó a 1945: fue expresado posteriormente, como lo ha señalado en forma clara el señor diputado Jaroslavsky. Cuando volvió al país trató por todos los medios de buscar la unión nacional. Y el país, tal vez por incompreensión, tal vez debido a su muerte, no logró ese objetivo.

Es responsabilidad de todos los políticos argentinos buscar por todos los medios la unión que nos dé la fuerza necesaria para salir de esta tremenda crisis que es, sin duda, la peor de la historia. No es divididos como vamos a salir de ella. Por ello nuestro bloque ha querido que sea yo, su presidente, quien rinda homenaje al general Juan Domingo Perón.

Para evocar la memoria ilustre del teniente general Juan Domingo Perón nos detenemos hoy ante el cuadro de "El Sembrador", que se encuentra en el Congreso de la Nación. Ante él meditamos sobre lo que los peronistas creemos necesario en esta hora, porque este cuadro tiene para nosotros una significación muy especial.

El general Perón parangonaba su obra con la del sembrador, con la tarea del hombre que abre la marcha arrojando generosamente la semilla. Pero también debemos reparar en el que viene detrás, aventando la semilla y pisoteando la siembra.

En ese cuadro, señor presidente, se podría simbolizar toda la lucha de este gran argentino y latinoamericano, así como nuestra historia del último medio siglo.

Perón padeció en carne propia la acción destructiva de los aventadores de semillas. Golpe tras golpe se pretendió echar abajo el árbol plantado por Perón, sin advertir que sus raíces están profundamente hundidas en la realidad social y en la evolución histórica. Por eso fracasaron una y otra vez. La prueba más elocuente de ese fracaso es que hoy los legítimos representantes del pueblo podemos afirmar de viva voz que el árbol plantado por Perón seguirá teniendo primaveras.

Muchos oídos que se negaban a escuchar reconocen y aprecian ahora el mensaje del estadista y del profeta. Ha caído la venda de muchos ojos y se ha despejado el camino de prejuicios. Pero ha sido necesario recorrer el vía crucis de las proscripciones, de la persecución y de la infamia. Ha sido necesario ver cómo se gaban a cientos de retoños y probar el sabor amargo de la cizaña. Y aun así, todavía quedan los que viven buscando la paja en el ojo ajeno sin ver la viga que tienen en el propio. Afortunadamente son millones los que han saltado el tapial de la historia y han invocado el nombre de Perón con respeto y admiración. Por eso éste no es momento de formalismos.

Al evocar a Perón también estamos hablando del presente y del futuro, también estamos buscando el camino para escapar del abismo. Señor presidente: la vigencia de Perón nada tiene que ver con el juego de la nostalgia o con la falta de imaginación. Por el contrario; carecen de imaginación quienes son incapaces de ver más allá de sus prejuicios. Perón pertenece a la raza de los sembradores. Por eso el tiempo y los brotes nuevos reverdecen su obra, y sus ideas se transforman en lecciones de vida para las nuevas generaciones.

Es que Perón supo apreciar en toda su dimensión el drama de los pueblos que vacilan entre su propia identidad y los cantos de sirena de la dependencia. La humanidad, nos anticipó, quiere escapar de la autodestrucción y no percibe otro camino que la justicia social y la cooperación solidaria entre los pueblos. Pero los imperialismos se creen llamados a resolver la cuestión planetaria con otros métodos. Los argentinos no podíamos quedar al margen de esta opción. Debíamos elegir.

Perón apostó a la causa de los pueblos y puso manos a la obra. No fue una aventura quijotesca. Perón era un idealista, pero con un sentido pragmático de las realidades políticas y sociales. Por eso desde el primer día comprendió a quienes tenían el corazón dispuesto y la mente alerta para escuchar su llamado. Desde el primer día

supo que debía trabajar en una tierra donde quedaban los rastrojos de otra siembra, los restos de un pasado que hundía sus raíces en la dependencia económica y cultural.

Las minorías del privilegio no quisieron entenderlo... o lo entendieron demasiado; por eso lo combatieron duramente. Eran los mismos herederos de la vieja Argentina que combatieron a don Hipólito Yrigoyen. Los mismos que no vacilaron en cambiar sus disfraces para desvirtuar el contenido popular de las consignas yri-goyenistas. Perón aprovechó aquella dura experiencia del caudillo radical. Y fue más lejos en el sentido profundo de la historia. Perón comprendió que la obra de la dignidad nacional sólo podía consolidarse por medio de una revolución social, de un sistema que sumara a los derechos individuales la sentida aspiración de los derechos sociales.

Comprendió, también, que una nación substancial necesita de una doctrina que se haga carne en el pueblo y de una organización capaz de resistir todas las acechanzas.

Perón entendió y asumió las realidades del poder en una sociedad donde no bastan las buenas razones, sino que es necesario sostenerlas con la presencia activa del pueblo organizado. La claridad de su divisa y el realismo de sus métodos comenzó a dar frutos y a servir de ejemplo a otros pueblos jóvenes.

Por eso la reacción le salió al cruce con todas sus armas, valiéndose incluso de algunos hombres de buena fe o cegados por el prejuicio. Pero bien dicen que el tiempo despeja las sombras y que el árbol se conoce por su fruto.

Quienes con más saña persiguieron a Perón, a Evita y a sus seguidores dejaron a su paso la tierra arrasada y una siembra de odio y desesperanza. En cambio, el árbol de Perón sigue aguantando los vendavales. El árbol de Perón sigue dando sombra y cobijando en sus ramas el nido de la esperanza. El árbol de Perón —y ustedes lo saben bien— sigue dando frutos para alimentar de ideas y consignas a propios y extraños.

Si esto es una evidencia, si muy pocos se atreven a negarlo en público o en privado, nosotros preguntamos: ¿por qué seguimos perdiendo el tiempo?; ¿qué esperamos para retomar la obra inconclusa de Perón y aplicar sus enseñanzas a la dura realidad de nuestros días?

Perón sigue convocando y el tapial de la historia no ha sido un obstáculo para dividir a los argentinos que aman esta tierra de hombres libres. También la grandeza y el patriotismo

se miden con la actitud de quienes admiten sus errores y aceptan —aun bajando de sus pedestales— la evidencia de la historia.

Empecemos, pues, a desandar el camino que nos lleva al abismo. Aún estamos a tiempo. Aceptemos con Perón que sin una doctrina nacional anclada en el alma de los argentinos nada será duradero. Seguiremos atrapados en las falsas opciones con la cabeza en un lado, el cuerpo en otro y el alma en cualquier parte.

¿Qué sentido tiene ensayar otras alquimias cuando Perón ensayó una fórmula que ha soportado la prueba del ácido? Es tiempo de unir, en una causa trascendente, la cabeza, el cuerpo y el alma, o de condenarnos a la desintegración. Nosotros estamos aguardando de este lado del tapial. Y no es por vanidad o por soberbia. Estamos de este lado por convicción; porque todos los días se afirma en la Argentina una certeza: la propuesta de Perón no fue superada.

Es verdad que en algún momento no supimos expresarla con el lenguaje y la imagen adecuados. Pero jamás la echamos al olvido, jamás la traicionamos.

Por eso estamos aquí, aguardando con la mano tendida a todos los que entienden que Perón no fue el patrimonio de un sector; que su mensaje tenía como destinatarios a todos los argentinos de buena voluntad.

Perderán su tiempo quienes traigan el cuchillo bajo el poncho o insistan en vendernos gato por liebre. Perón nos abrió los ojos y nos mostró el camino. Por eso sabemos —más allá de las apariencias— por dónde se llega a la tierra prometida.

Señor presidente: es posible que nuestra franqueza pueda ser interpretada como una osadía. Pero no seríamos fieles a la memoria de Perón tributándole homenajes entre algodones.

Con la patria bordeando el abismo, la memoria de los grandes argentinos debe llamarnos a la reflexión y servirnos de inspiración. Volvamos pues la mirada hacia el cuadro del sembrador. Sepamos entender la profundidad de su mensaje y aun en el silencio sepamos elegir.

Nosotros, los hombres y mujeres que ocupamos las bancas del peronismo, nos identificamos con el sembrador y jamás caeremos en el mismo pecado de quienes pisotearon nuestra siembra y segarou a nuestros retoños.

El legado que Perón entregó a su pueblo no se perderá en medio de la incompreensión ni del olvido, sencillamente porque tiene sus raíces en esta tierra y en millones de hombres y mujeres que habitan en ella.

Por ello, en este aniversario no hemos venido a llorar a un presidente muerto. Hemos venido a exhibir las pruebas de que Perón vive en la memoria y en la esperanza de sus compatriotas. Hemos venido a renovar el compromiso de mantener erguido y floreciente el árbol plantado por Perón. (*¡Muy bien! ¡Muy bien! Aplausos prolongados. Varios señores diputados rodean y felicitan al orador.*)

Sr. Presidente (Pugliese). — En las palabras vertidas por los señores diputados queda concretado el homenaje de la Honorable Cámara al presidente Juan Domingo Perón.

Sr. Manzano. — Pido la palabra.

Sr. Presidente (Pugliese). — Tiene la palabra el señor diputado por Mendoza.

Sr. Manzano. — Señor presidente: solicito que se incluyan en el Diario de Sesiones manifestaciones de adhesión al homenaje formuladas por diputados de este sector.

Sr. Presidente (Pugliese). — En homenaje a la unidad, aunque violentando la información que debió tener oportunamente la Presidencia, se tendrá en cuenta la solicitud que formula el señor diputado por Mendoza¹.

Habiéndose cumplido el objeto para el cual fue convocada la Honorable Cámara, queda levantada la sesión especial.

—Es la hora 18 y 55.

LORENZO D. CEDROLA.
Director del Cuerpo de Taquígrafos.

5

APENDICE

INSERCIONES

INSERCIONES SOLICITADAS POR EL SEÑOR
DIPUTADO MANZANO

Del señor diputado Rodríguez (M. A.)

Rendir debido homenaje en este sitio de la República a una figura de la talla del teniente general don Juan Domingo Perón pareciera redundante si se tiene en cuenta que su personalidad multifacética ha sido, es y habrá de ser motivo inexcusable de merecida recordación por tratarse de quien fuera indiscutido líder de los argentinos, que legó al país las tres banderas de su lucha que no arrió jamás: la soberanía política, la independencia económica y la justicia social, junto a su meduloso "proyecto nacional", frutos de su innegable amor por esta patria que nos duele a todos, en aras de la cual entregó sin pausas ni desmayos hasta el último aliento de su vida.

Y si los pueblos que olvidan su pasado renuncian a su porvenir, entonces esta convocatoria será siempre, como ahora, una consigna de honor para el sentir de actuales y futuras generaciones, en cuyo pecho la mayor gratitud tenga a su vez fuerza de vida y resonancia de latido.

Pero hay dos facetas en Perón de tan digno relieve que sin duda merecen el especial tributo de la historia, por cuanto le dieron al hombre argentino auténtico perfil, vital identidad, conciencia de su ser y proyección universal. Estas facetas innegables son el revolucionario y el filósofo.

Lógicamente, desde las capitales imperialistas se procura silenciar por todos los medios a la posteridad estas desbordantes virtudes de Perón, precisamente porque su trascendencia lleva a recordar a las naciones subyugadas el despertar que produjo, en el principio a América la-

tina y luego a los pueblos sometidos, con la toma de conciencia de su real ubicación y sus concretas posibilidades ante el rol que les asignan quienes planifican la dependencia, la ignorancia y el hambre en las diversas áreas del planeta.

Como filósofo, "amante del saber" si retomamos la raíz original del término, mucho, muchísimo es lo que puede mencionarse, aunque no fuese yo el indicado ni sea ésta la circunstancia ni el ámbito oportuno para ello.

Sin embargo, él mismo define al justicialismo como "una nueva filosofía de la vida, simple, práctica, popular, profundamente humanista y profundamente cristiana", con lo que retorna a la pureza de ancestrales fuentes ideológicas y de profundas raíces culturales, abrevando en la admirable sencillez de aquellos griegos, buscadores incansables de la verdad absoluta, con los cuales concluirá en el irrefutable apotegma que afirma: "La única verdad es la realidad".

Es a partir de aquí que Perón buscará el equilibrio entre los extremos de las ideologías que han ido parcializando al hombre; y tal premisa será su permanente punto de referencia para cristalizar el sentido revolucionario de su acción política, económica, social y cultural en toda su trayectoria de hombre público y reconocido líder de los valores latinoamericanos, que en definitiva son los del propio ser humano.

Apasionado estudiante de la historia —ejerció la cátedra en la Escuela Superior de Guerra—, en sus páginas ob-

¹ Véase el texto de las inserciones en el Apéndice.

servó que en la Edad Antigua los pueblos se debatían entre la fuerza y la razón, resultando ésta con frecuencia sometida a los excesos del poder, situación que perdura sin mayores alternativas en el transcurso de los tiempos.

Y si revolución significa esencialmente "cambio", con agudeza detectó que ya desde la protohistoria, a pesar del sucederse interminable de las guerras, no se operaba en la humanidad un cambio sustancial en su accionar; es decir, una real revolución que contuviese al hombre como centro y objeto indispensable de su meta. Por el contrario, el hombre pasaba siempre a ser víctima propiciatoria de las ideologías que, una tras otra, respaldaban siempre al poderoso.

Se asombró, asimismo, de que en la Roma de los Césares, junto a la espada lubricada en sangre, germinó la espléndida semilla del derecho; y asimismo de que en el centurión palpitó el tribuno, y que en medio del Senado —retórico o pensante— el emperador llegó a ser a la vez guerrero y magistrado.

No menos estupor le provocó que aquellos legionarios, al conquistar la Grecia del pensamiento clásico y profundo, fueran subyugados a su vez por el altísimo vuelo cultural del pueblo conquistado; y al dominar la Palestina —síntesis del Antiguo y el Nuevo Testamento—, en el momento exacto en que nacía el Nazareno, aquel Humilde Trabajador que en plena juventud rescató de sus ancestros orientales las Tablas de la Ley y con su propia irradiación divina las proyectó a Occidente hasta alumbrar el universo todo, la acostumbrada brutalidad del mando fue cediendo terreno, al menos en la idea, a los valores supremos del espíritu y de la trascendencia superior del ser humano.

Fue en este lapso donde Perón desentrañó tan singular misterio de la historia. En efecto, ¿qué otra cosa transportó la Iberia del Renacimiento a sus hijas de América sino ese inmenso compendio cultural que heredó de aquella Roma, guerrera sí, mas propulsora del derecho, con la filosofía griega, la teología hebreo-cristiana y el tributo de ocho siglos de convivencia con el aporte intelectual del árabe?

Aquí vino esa España a fusionarse con las grandes culturas aborígenes que en los distintos lapsos de evolución mostraron siempre dos rasgos característicos, entre sus muchos y relevantes valores: una incesante búsqueda de identidad y una insaciable sed de libertad. Otras corrientes migratorias se sumaron más tarde, dejando en cada caso sus huellas indelebles; pero las raíces culturales de lo que es hoy América latina no son, no pueden ser otras que la vital simbiosis entre el alto grado de civilización nativa y la descubridora España del Renacimiento.

Este será el objeto formal y material del pensamiento vivo de Perón: el hombre, el hombre argentino, el hombre latinoamericano, en definitiva, el hombre universal. Para ello, tuvo en cuenta Perón que a partir de la Edad Media distintas concepciones seguirían limitando al ser humano en una que otra faceta, en uno que otro aspecto, siempre, en una parte de su conformación integral.

Así vio en el Medioevo el dominio casi exclusivo y total de lo divino, con notable descuido de lo material

y corpóreo; y si bien por un lado se concretó el saber en los silencios monacales, a cuyo alrededor, es cierto, proliferó la enseñanza hasta niveles universitarios y bajo su amparo la actividad artesanal protegió sus intereses, por el otro, el labriego quedó indefenso y solitario bajo el yugo y a expensas del despotismo autárquico del señor feudal.

Consecuencia de ello fue que en tanto dueños aún del poder político los amos feudales se agrupaban para fortalecerse tras un rey surgido de sus propias filas, fuera de los núcleos monárquicos, por obra de la expansión conquistadora, los nuevos ricos: acaudalados comerciantes, banqueros, campesinos prósperos, fueron levantando en sus respectivas comarcas un nuevo centro económico y social: el burgo. Desde allí, la burguesía no olvidó el sometimiento de que fuera objeto durante siglos, mientras eran simples agricultores o cumplían las más diversas faenas. Y al lograr con sus riquezas no sólo el poder económico, sino también los preciados poderes: el social y cultural, sólo les faltaba conquistar el poder político que detentaba el rey. Se lanzaron entonces a la lucha levantando la bandera de la libertad: la del individuo, la absoluta, la libertad total. En pos de tal bandera nació el liberalismo.

Fue así que un núcleo de burgueses, alentando esperanzas en la multitud de los desheredados con las consignas de: "Libertad", "Igualdad", "Fraternidad", encabezaron la Revolución Francesa y arrebataron el gobierno al rey.

No escapó entonces a Perón qué ideólogo fundamental del liberalismo fue el burgués Juan Jacobo Rousseau, con su obra *El Contrato Social*, para quien todos los hombres, si querían vivir en sociedad, debían ceder parte de su voluntad a una llamada "Voluntad General" que no podía equivocarse por cuanto estaría iluminada por la razón, claro está, por los dueños del poder cultural; y en su nombre reemplazaron el dogma de la razón de Dios, por el dogma de la razón humana, dominada por la propia burguesía.

El hecho consiguiente fue que adoptando el ideario del liberalismo, Adam Smith dio origen al capitalismo como sistema, reclamando también libertad absoluta y total para la empresa y el comercio que estaban precisamente en manos de los explotadores del trabajador y el desheredado de la tierra. Y ocurrió que no obstante el lógico sucederse de eslabones que señalaba Smith: primero el trabajo, luego el producto del trabajo, después el intercambio del producto y por último el ahorro de lo no permutado, al que llamó "capital", se desplazó al trabajador con el invento de la máquina y por lo tanto el dueño de la misma se convirtió en capitalista, con las fatales consecuencias de desocupación, hambre y miseria que trajo apareados, porque ahora, en manos de la oligarquía, al progreso y a la ciencia ya nada le importaba el hombre sino en el rol de mera mercancía, ciente o conejillo de Indias, conformando, inocente, la sociedad de consumo que nacía.

Por ello, señala bien Perón que de la Edad Media a la Edad Moderna, se pasó de un extremo al otro en lo ideológico. Del individualismo espiritual —el hombre sólo ante su Dios y ante su amo— se cayó en el materialismo individual: el del capitalismo liberal. No obstante, sirva de aval científico al pensamiento filosó-

fico y a la acción revolucionaria de Perón, lo que afirma el doctor Alexis Carrell —premio Nobel de medicina— en su obra *La Conducta en la Vida*.

Textualmente dice que: “La proclamada libertad de que goza la mayoría de los hombres, no es de orden económico ni intelectual ni moral. Los que nada poseen tienen solamente la libertad de ir de tugurio en tugurio, de taberna en taberna, de escuchar las mentiras de uno o de otro periódico, de una propaganda radiofónica o de la propaganda opuesta. Finalmente de votar. Así es como son libres políticamente. Económicamente son esclavos. La libertad democrática no existe más que para los poseyentes. Les permite aumentar su riqueza y gozar de toda la variedad de los bienes de este mundo. Es preciso reconocer que, gracias a ella, el capitalismo ha obtenido la expansión económica del siglo XIX, inmenso crecimiento de la riqueza y una mejora general de la salud, de las condiciones materiales de la vida. Pero al mismo tiempo ha creado el proletariado y ha poseído a los hombres de la tierra, ha fomentado su amontonamiento en las fábricas y en las viviendas infames, ha comprometido su salud física y mental y ha dividido las naciones en clases sociales enemigas. Los enciclopedistas tenían un profundo respeto a los poseyentes y despreciaban a los pobres. La Revolución Francesa se produjo a la vez contra la monarquía y contra los proletarios. Se conformó con sustituir el león por la rata, es decir, el aristócrata por el burgués. El marxismo quiere ahora reemplazar al burgués por el proletario. Al capitalismo sucederá la burocracia estatal. Lo mismo que el liberalismo, el marxismo da arbitrariamente la primacía a lo económico. Concede solamente una libertad teórica a los proletarios. El mundo real es mucho más complejo que la abstracción que contemplaban Marx y Engels”.

Agrega el doctor Carrell que: “El trabajo humano no es una mercancía que se puede comprar como otra cualquiera. Es un error despersonalizar el ser que piensa y que siente, que conduce la máquina y finalmente reducirlo en la empresa industrial a la categoría de ‘mano de obra’. Porque el *homo economicus* es una fantasía de nuestro pensamiento. No tiene existencia en el mundo concreto”.

Dice igualmente que: “Las naciones llamadas democráticas desconocen la importancia de los conceptos científicos y el valor de lo espiritual en la organización de la existencia colectiva. Ponen su confianza sobre todo en las ideologías liberal y marxista, esas hijas gemelas del racionalismo del siglo de las luces. Pero ni el liberalismo ni el marxismo se han basado en una observación exacta que haya agotado la realidad. En lugar de preocuparse del modo de organizar el Estado desde el punto de vista humano, se contentan con declamar los principios de la Declaración de la Independencia y los de la Revolución Francesa. Según dichos principios, el Estado es ante todo el guardián de la propiedad, el primer servidor de la banca, de la industria y del comercio”.

Hasta aquí y baste para el caso, lo extraído de lo mucho y profundo que afirma el doctor Alexis Carrell sobre el tema que abordamos. De ello se desprende que el marxismo sucedió al liberalismo, modificando sólo la forma de explotar al hombre, pero sin cambiar lo sustancial que es la propia explotación del ser humano. Y

al no haber cambio en lo profundo no hay tampoco revolución alguna que contemple la liberación y el desarrollo integral del hombre.

Todo este acontecer histórico fue escudriñado por la agudeza visionaria de Perón y es por ello que decidió afrontar su obra de manera distinta a la emprendida hasta entonces. Es decir, no concibió una ideología para empeñarse en que la realidad se ajuste a ella, sino que tomando en cuenta la realidad del ser humano, es a ella que ajustó su filosofía y pudo así comenzar la gran revolución justicialista que interrumpieron los conocidos intereses internacionales, pero que debemos todos retomar por encima de nuestras posiciones políticas, con absoluto respeto, sí, de cada una, pero estrechando filas como argentinos si queremos en verdad salvar al país, ya que al hacerlo propiciamos la consolidación de América latina como una gran fuerza real y espiritual, y la liberación de los pueblos del mundo que luchan por arrancar sus cadenas del sometimiento, el hambre y la injusticia.

¿Y cuál fue en concreto la revolución que comenzó Perón? Ella tuvo su respaldo incuestionable, tan sólido como emocional e intuitivo —entre los misteriosos designios de la historia de que habla Ortega y Gasset— en aquel pueblo que espontáneamente se encontró reclamando a su líder el 17 de octubre de 1945, como un hecho único en el acontecer de los países del mundo.

Pero el hecho filosófico y revolucionario en sí empieza cuando deja de considerar al hombre como una parte de su todo. En efecto, hay quienes lo contemplan nada más que como materia, así como fue considerado tan sólo en su espíritu. De igual manera un sistema pone todo su acento en él como individuo y otro lo anula sumergiéndolo en la colectividad del Estado.

A Perón en cambio la realidad le dice que el hombre es un ser integral: espíritu y materia, individuo y sociedad. De aquí surge la verdad de su filosofía armonizadora de las partes y con ella inicia la revolución justicialista que es imposible silenciar ahora, pues el hombre argentino ya no será el mismo desde que la huella de su obra, nacional y cristiana, marcó la vida de la República.

Dejaré de lado entonces la enunciación de sus hechos de gobierno que otros oradores explicitan con tanto acierto y maestría. Por mi parte, ¿cómo no destacar que por primera vez dos condiciones implícitas en el concepto filosófico del vocablo hombre, como son el trabajador y la mujer, fueron reivindicados de hecho y de derecho en la vida política y social de nuestra patria?

¿O no es un cambio revolucionario que la mujer, siempre postergada, no sólo alcanzara protección en su condición de madre con los derechos de la familia, sino que fue protagonista de nuestra vida cívica, a tal punto que ya tienen trazado el camino para llegar, cada vez que el sufragio lo decida, a todo cargo público, incluida la primera magistratura del país?

¿O no es un cambio revolucionario que aquella colonia que recibió Perón al ser derrocado en 1955 estuviera fabricando locomotoras, automóviles, camiones, bicicletas, motos, tractores, barcos y aviones? ¿No explica todo

esto la razón por la cual, hasta hoy, a pesar de haber sido combatido sin piedad por los máximos poderes internacionales, Perón es el único argentino elegido presidente de la Nación por tercera vez, en comicios que se insertan entre los más puros de la historia cívica de nuestra patria?

¿O no es un cambio revolucionario el concepto que terminó con la lucha entre las clases que creó el liberalismo, fomentada por el marxismo, al advertir Perón que en ella perdían siempre los más débiles y proponiendo para solucionarla el reconocimiento de una sola clase de hombres: los que trabajan; otorgando tal dignidad a quienes hacen algo útil por la sociedad, tanto científicos, como industriales, empresarios, docentes, profesionales, técnicos, etcétera, hermanándolos a todos con quienes cumplen tareas en relación de dependencia —sirvan de ejemplo los convenios colectivos de trabajo— haciendo funcionar así la comunidad organizada?

¿O no es un cambio revolucionario que en tal sistema hayan convivido las múltiples empresas privadas con las imprescindibles del Estado, protegidas ambas por el Instituto Argentino de Promoción del Intercambio (IAPI) que regulaba en defensa del país el conocido truco capitalista que publicita como "el libre juego de la oferta y la demanda", echando por tierra así con el injusto mote de fascista o corporativista con que pretenden etiquetar a Perón los mismos poderosos que en su época ganaron más dinero que nunca, pero que perdieron la exclusividad del privilegio social, único motivo de su odio y reacción, en tanto que a la vez se cumplió la hazaña de mantener durante casi diez años un sensato equilibrio entre precios y salarios?

¿O no es un cambio revolucionario que al odio de la oligarquía el justicialismo respondió con un concreto y cristiano proceder de justicia y amor, en favor del pueblo todo, cuya más sublime intérprete y paladín fue la inolvidable Evita, mal que le pese a algunas voces que todavía quedan disonantes y solas, desafiando en forma ciega y contumaz el justo reconocimiento que cada vez en mayor proporción le brindan las sucesivas generaciones argentinas, sumándose a la admiración que sigue despertando en numerosos ámbitos internacionales?

¿O no es un cambio revolucionario el que por sobre el desencuentro haya primado la concertación y el acuerdo, a lo que se sumó todo el pueblo por haber desaparecido todo tipo de marginaciones, ya que el obrero con su salario digno y su vivienda decorosa tuvo acceso a los más diversos centros culturales, incluido el espectáculo teatral y cinematográfico, en cuyas salas se superó la intención de la arquitectura burguesa que había concebido la platea y el pullman para separar las clases sociales, desvirtuándose con la presencia simultánea en ellos de todos los sectores, como una muestra más de que todos los hombres son iguales en sus derechos y posibilidades, motivo que impulsó al trabajador a proyectar a sus hijos hacia la enseñanza media y superior, a la que él no tuvo oportunidad de acceder por el sistema de explotación que por años lo tuvo sometido?

¿O no es un cambio revolucionario y armonizador del pasado con el presente la Constitución de 1949, que afirmaba la soberanía política, valga una muestra, con-

virtiéndose en provincias los territorios nacionales para fortalecer el sistema federal; y la independencia económica determinando por ejemplo que "todas las fuentes de energía son propiedad inalienable de la Nación" e iniciando los estudios científicos para el aprovechamiento al servicio del país de la energía nuclear bajo el lema "átomos para la paz" que hoy es orgullo de los argentinos, a lo que se suma la justicia social con los derechos del trabajador, de la familia, de la ancianidad, de la educación y la cultura?

¿O no es un cambio revolucionario que el trabajador se fortaleciera en el sindicato y en tal carácter pudiera acceder a todos los estamentos donde se decide su propio destino en su condición de asalariado? Porque cabe aclarar que todavía hay quienes estiman que el gremialista ha de quedarse en su sindicato en una actitud profesionalista, aséptica y apolítica, tan solo para reclamar aumentos de salarios, como si nada tuviera que ver con las decisiones que se refieren a la marcha de la República, cuya riqueza está creando cada día.

Porque el gremialista, por ser un trabajador y representar a los asalariados, no es un ser inferior; tampoco un espectador de la historia, sino un hombre —y aquí está la esencia de la revolución justicialista—; es un hombre que como tal debe ser respetado y en función de ello le asiste el derecho irrenunciable de compartir la mesa común de las decisiones en todos los organismos democráticos, como protagonista o partícipe de las medidas que habrán de involucrarlo a él y a sus representados.

Muestra cabal de que la revolución en tal sentido empezó a concretarse, la da precisamente mi presencia en esta Honorable Cámara, como uno más de los hombres surgidos del movimiento obrero que es parte de lo más sano y digno, de todo lo que representa el pueblo argentino. Ciertamente, sin la revolución justicialista jamás se me hubiera tenido en cuenta para acceder a este honor, en mi carácter de trabajador sindicalizado y como dirigente gremial.

Queda entonces en nuestras manos el sumarnos a todo lo que signifique la defensa de la patria y de la vivencia democrática, como el mejor homenaje a Perón, el hombre, estadista, conductor y líder, cuya filosofía dio impulso a la revolución justicialista, aún en marcha, que es guía para la Nación Argentina y faro orientador para todos los hombres con vocación de libertad y justicia, proyectándose como tabla de salvación para los pueblos más necesitados del mundo.

Del señor diputado Blanco

Hace diez años se extinguía la vida del argentino más grande del siglo, y el teniente general Juan Domingo Perón entraba en la inmortalidad. Vencedor de mil batallas, el viejo y noble general del pueblo había logrado quebrar también la fatalidad hasta entonces incommovible de los gigantes de la historia obligados a morir en el destierro: de entre todos, él supo del retorno, de la reivindicación, del aporte postrero, de cerrar los ojos para siempre en la propia patria.

Y allí, en interminables columnas desafiantes de fríos y de lluvias, estaba su pueblo. El que lo había seguido lealmente en la lucha por la liberación y la justicia. Ese pueblo desafiante de cárceles, torturas y fusilamientos, de insultos y proscriciones, que ahora cedía la proverbial alegría multitudinaria ante el hecho definitivo, ofreciendo el silencio tributo de sus lágrimas, tiñendo de congoja toda la geografía argentina.

Estaba también el respeto de quienes fueran sus adversarios políticos, de quienes habían llegado a comprenderlo antes de que fuera demasiado tarde. Y estaba el homenaje de las fuerzas armadas, cuyos jefes, veinte años atrás, creyeron que con negarle grado y uniforme iban a sepultar su idea y su acción, para poder consumir más alevosamente la entrega de la Nación y la explotación de sus hijos. Ahora, jóvenes soldados embargados por la emoción, decían el adiós al mejor de sus generales, al que los había identificado plenamente con el pueblo del cual surgieran, al que les dio un objetivo integrado en el gran proyecto nacional de todos.

Hace diez años de aquella instancia de dolor y de tristeza. Y, sin embargo, Perón sigue vigente no sólo en la admiración a su obra, en la expansión de su doctrina, sino también en el amor de su pueblo. ¿Cuántos personajes trascendentes de nuestra historia y de la historia del mundo lograron, como Perón, la amalgama del respeto y del afecto? ¿Cuántos unieron al homenaje oficial, la expresión masiva de millones de hombres, mujeres y niños? Tal vez por eso, denostado y vilipendiado como ninguno, condenado a un largo exilio, su nombre y su doctrina exceden ya los marcos del movimiento que creara y condujera, para constituirse en patrimonio de la inmensa mayoría de los argentinos, más allá de banderías o pertenencias sectoriales.

Y precisamente allí, en el amor y la autenticidad, radica la clave de las extraordinarias características humanas y políticas que perfilan la figura de Juan Domingo Perón. Desde la revolución profunda e irreversible que produjo sin derramar una sola gota de sangre, hasta esa conmovedora historia de amor que protagonizó junto a Evita. Porque cuando el tiempo transcurra, cuando su tamiz excluya egoísmos, pequeñeces y prejuicios, el amor de Perón y Evita será recordado, sin duda, como uno de los más célebres amores de la humanidad. Un amor que, a la inversa del clásico de Verona, no tuvo vocación por la muerte, sino que se proyectó generosamente, pleno de vida, hacia el país, para impulsarlo al progreso y a la soberanía, y hacia el pueblo, para conducirlo a la dignificación y la realización integral.

Ese amor profundo a la patria y su gente sería la constante en la vida pública de Perón, y por eso, cuando hizo una revolución social, no se limitó al cambio de estructuras políticas, económicas y sociales, sino que quiso también llegar revolucionariamente a las conciencias y a los espíritus. Ahí debe encontrarse la explicación de que a partir de Perón y de la movilización del conjunto del pueblo argentino, ya nadie iba a aceptar ser considerado un paria en su propia tierra, todos asumieran el valor de su vida y de sus derechos, todos supieran de una vez y para siempre que así como merecían tener más, también debían aspirar a ser más, es decir que la justicia social sólo podía comprenderse si

junto al mejoramiento económico y de las condiciones de trabajo, iba creciendo la participación igualitaria en todos los terrenos, para que además del bienestar se accediera al ejercicio concreto del poder y de la cultura.

Para esto, Perón se valió de su inteligencia, de su sensibilidad y de una doctrina nacional que él mismo definiera como simple, sencilla y dinámica. Y fue suficiente para transformar un país que hasta entonces no había contemplado soluciones para su pueblo, y para proponer fórmulas de paz basadas en la justicia a un mundo en continuo y peligroso conflicto.

Fue el primero en denunciar que el tratado de Yalta, firmado por las grandes potencias triunfadoras en la Segunda Guerra Mundial, convertía en derrotados a la totalidad de los demás países, aunque nada hubieran tenido que ver en la conflagración. Y el primero en propugnar la unión de esos países, del Tercer Mundo, para enfrentar las apetencias hegemónicas colonialistas e imperialistas. Esas ideas suyas comenzarían a ser realidad en la década del sesenta, cuando él ya no estaba en el gobierno pero cuando su pueblo conocía muy bien quiénes eran sus aliados para la liberación y quiénes, en cambio, dentro del propio país, reconocían en los intereses foráneos sus propios intereses. Así, marcó a fuego a la oligarquía y sus lacayos, a los factores del atraso y la pauperización, y ya nadie iba a ignorar cuáles eran las trincheras, y de qué lado estaba cada uno.

Perón, cuya caída sería necesaria para que por primera vez el Fondo Monetario Internacional se introdujera en nuestro país de la mano de Raúl Prebisch, recogió el mandato sanmartiniano de ser libres, que lo demás vendrá por añadidura, rompiendo los lazos de la dependencia y, paralelamente, desarrollando la industria nacional, ampliando el mercado interno y estableciendo acuerdos de intercambio y de integración, sin limitaciones, con todos los países, en especial los países hermanos de América latina. De esa forma, el no alineamiento internacional se emparentó estrechamente con el potenciamiento de la Argentina, y el potenciamiento de la Argentina con la justicia distributiva en beneficio del pueblo.

Pero, consciente de que las estructuras del Estado a veces resultan insuficientes para paliar las urgencias sociales, sin intelectualizaciones ni declamaciones, articuló con presteza mecanismos ágiles de asistencia inmediata y pudo decirse entonces que ningún argentino sufrió el desamparo.

Otro rasgo fundamental de su ciclópea tarea fue la organización popular para la plena participación responsable. De esa manera, la labor que la Constitución Nacional atribuye a los partidos políticos se vio complementada por el accionar de las entidades intermedias, de las organizaciones naturales, que con el correr del tiempo iban a constituirse en un formidable factor de progreso social.

Y hoy, a diez años de su desaparición física, comprobamos la existencia fresca y actual de aquellas ideas de libertad, de independencia y de justicia de Perón, que son las que pueden rescatar al país de la crisis en que se debate, que son las que reclama el pueblo y en particular la clase trabajadora, que constituyen un plan general de liberación y que, sin em-

bargo, vemos cómo se está desperdiciando en aras de actitudes discursivas que cada día alejan más las soluciones posibles.

Perón hizo cosas desde el primer momento y siguió haciendo cosas permanentemente. Así, dio un ejemplo de ejecutividad que sigue estando al servicio del país, sin sectarismos ni exclusiones, como él quería, y que es nuestra obligación plantearnos seriamente si no habrá llegado la hora de seguir.

Pienso que ése sería el mejor homenaje a su memoria. El mejor homenaje al hombre de la justicia social, la independencia económica y la soberanía política. Al hombre que planteó la alternativa de liberación contra la dependencia y alertó que si los argentinos no nos unimos, que si los latinoamericanos no nos unimos, la alternativa no será otra que la dominación.

Porque aunque ya no esté entre nosotros, permanece en su proyección histórica. Profeta y realizador de un tiempo nuevo y mejor. Que supo tomar amigo al adversario. Maestro de multitudes y conductor de combatientes de la paz y el trabajo. Nombre de la convocatoria popular. Nombre que dio trascendencia mundial a la Argentina. Humilde como sólo los muy grandes pueden ser. Dios quiera iluminarnos para que bajo su advocación accedamos a la libertad y la dignidad humana, para que la Patria empiece a ser esa Patria que él soñara y construyera. Entonces sí, Juan Domingo Perón descansará en el recuerdo agradecido del futuro que aún seguimos adeudando al pueblo argentino.

Del señor diputado Imbelloni

A diez años de la desaparición física del general Juan Domingo Perón, tres veces presidente de la República, creador y conductor del movimiento peronista, su figura de gigante se proyecta en la historia como la del estadista genial y visionario, cuya propuesta excede los límites partidarios para trascender en un mensaje de carácter universal.

La década del cuarenta encuentra al mundo en plena conflagración, donde los protagonistas principales —las grandes potencias— comienzan a pergeñar en reuniones parciales el nuevo orden internacional que regirá los destinos de las naciones en la posguerra. Un orden internacional que finalmente polarizará el poder bajo la fórmula de los dos poderosos de la Tierra: la Unión Soviética y los Estados Unidos de Norteamérica. En ese esquema —cuya vigencia instaurada en Postdam y Yalta continúa rigiendo trágicamente los destinos de nuestros países— el papel subalterno y dependiente de los países productores de materias primas quedó sellado: satelizados tras los colosos hegemónicos, pasaron a ser manipulados con nuevas y cada vez más sutiles técnicas de dominación que, pese al proceso de descolonización formal propugnado desde las Naciones Unidas, continuó a través de la protección a los gobiernos títeres, las presiones económicas, la amenaza del uso de la fuerza —OTAN, Pacto de Varsovia— y posteriormente la dependencia financiera y la novísima científico-tecnológica informática.

En medio de tal panorama, un coronel argentino levanta banderas nuevas para su pueblo postergado, y las agita para la América latina y el total de los países llamados subdesarrollados. Un coronel que reivindica al trabajo como fuente de poder, que concita el apoyo fervoroso de las masas oscurcidas bajo el reinado de la década infame, que propone una economía al servicio del hombre por el imperio de la justicia social, y que, finalmente, desnuda la falacia del sistema internacional al asumir el liderazgo de una Tercera Posición distante de ambos imperialismos, y precursora de futuros movimientos de similar inspiración.

Su ascenso a la primera magistratura del país, la histórica jornada del 17 de octubre de 1945, su reelección para un nuevo período presidencial, los planes quinquenales de gobierno, la consolidación de la estructura sindical bajo pautas de unidad, y el objetivo final de constituir una patria justa, libre y soberana, configuran los hitos positivos de su gestión. La muerte de su compañera Evita, abanderada de los trabajadores y jefa espiritual de la Nación, en 1952 y la caída del gobierno constitucional en 1955 marcan las horas tristes de ese período.

El largo exilio europeo le permite al general Perón tomar contacto con los graves problemas que la política moderna debe enfrentar en la segunda mitad del siglo XX; la amenaza nuclear, la superpoblación y su consecuente escasez alimentaria, los peligros de la contaminación ambiental, todo ello enmarcado en el creciente endurecimiento del sistema bipolar. Así, en un mensaje dirigido a los pueblos del mundo, los divulga para sacudir las conciencias adormecidas y como forma de explicitar la problemática que debe abordar un gobernante de los tiempos actuales. La década del 60 lo muestra en su madura y cabal condición de estadista, cuya envergadura se manifiesta en su retorno al país de 1973, cuando, "casi desencarnado", como lo manifiesta en su primer mensaje al pueblo argentino, se propone como prenda de unidad y logra coordinar a las fuerzas nacionales en el Frejuli, expresión política que lo lleva a la presidencia de la República por tercera vez, no ya como representante de un partido político o de un movimiento, sino de la gran mayoría del pueblo argentino.

Nuevamente las fuerzas antinacionales y las minorías apátridas conjuradas en un proyecto destructivo declararán la guerra al gobierno constitucional y legítimo. El general Perón, con su salud quebrantada, ofrenda los últimos días de su vida a la causa suprema de la Nación, dejando como mensaje póstumo aquel doloroso del 12 de junio de 1974, último contacto popular, cuando sus oídos escucharon la más maravillosa música, la voz del pueblo argentino.

A otro argentino ilustre tocará dar vida a aquellas proféticas palabras de Perón acerca de que para un argentino no hay nada mejor que otro argentino, privilegio que le cupo al doctor Balbín el 19 de julio de 1974, al despedir sus restos mortales, olvidando las viejas antinomias partidarias que alguna vez los separaron.

Y nuevamente la historia repetirá la caída de un gobierno constitucional y la instauración de un régimen de facto, esta vez con uno de los proyectos más aberrantes

que pudieran haberse instrumentado en perjuicio del pueblo, con sus secuelas de destrucción económica, deterioro social, endeudamiento y crisis moral.

Y otra vez esa historia nos lleva por carriles institucionales pero arrastrando la carga de una herencia frustrante. Un gran desafío nos convoca y las palabras de Perón nos orientan en esta hora de decisiones liminares: unidos o dominados. Todos tras un proyecto concertado, deponiendo actitudes sectoriales en pro del bien común. Su mensaje continúa vigente, Perón está vivo y nos sigue convocando. Escuchémoslo. Será de argentinos cabales estar a la altura de una responsabilidad histórica, en la que sin duda se juega, por sobre toda otra circunstancia, nuestro futuro como Nación, y el mejor de los homenajes que podamos rendir a la figura del general Juan Domingo Perón.

Del señor diputado Sella

Este recinto de las leyes ha sido escenario de muchas grandes transformaciones de la vida Argentina. También de las alegrías y dolores que la comunidad ha acumulado a lo largo de su historia.

Por eso, resulta el lugar adecuado para rendir el justiciero homenaje que hoy queremos tributar, a uno de nuestros más excelsos compatriotas, general de los ejércitos de la patria, conductor de su pueblo, ungido por tres veces presidente constitucional de los argentinos por la voluntad popular libremente expresada, líder indiscutido de los trabajadores y forjador de las más claras y profundas conquistas en el terreno de las reivindicaciones obreras y de la justicia social entendida en el más amplio concepto de la solidaridad y el amor incorporados a un proyecto político revolucionario.

Rememorar, siquiera sucintamente, los méritos trascendentes de la figura del teniente general Juan Perón parece una tarea imposible para la brevedad sintética de estas palabras. Tal ha sido el peso de su presencia en la vida política argentina que bien válido es referirse a dos etapas históricas de nuestra patria, anterior y posterior a Perón.

Su aparición en la escena institucional ha constituido una suerte de punto de inflexión de la historia. Un profundo cambio de rumbo que ha signado de manera indeleble e irreversible toda la trayectoria temporal del país de los argentinos.

Porque nada ha vuelto a ser lo que era: en lo político, lo social, lo económico y aun lo internacional luego de la vigencia de la doctrina que Perón creara y plasmara en el más importante movimiento de masas de toda Latinoamérica en el presente siglo, tal vez, nuestras palabras pueden aparecer grandilocuentes y aun exageradas, bajo la visión mezquina de esa interpretación de la historia que se enmarca en los moldes tradicionales de un academicismo vacío de contenido; pero es indudable que todas las expresiones que podamos verter serán irremediabilmente minimizadas, por la simple comparación con los hechos concretos que el peronismo ha generado.

Cuando se hace referencia a la obra de Perón la palabra se aquequece ante la acción.

Y si una comprobación fuera necesaria para ello, bastaría consultar a cualquiera de los humildes de la patria. Ellos encontraron en Perón el camino y la esperanza. Ellos, que como dijera Scalabrini, "aquel memorable 17 de octubre de 1945, eran el subsuelo de la patria sublevada", se cruzaron con la redención que encarnaba el joven coronel de entonces; ellos con la maravillosa intuición de los trabajadores le ungiéron como jefe indiscutible y eterno. Perón fue la luz de los marginados, la cristalización perfecta de la esencia humanista y cristiana de que hablan los Evangelios.

Tanto es lo que se le adeuda, que sería necesaria una gratitud infinita para saldar tanto amor desplegado y tanta felicidad posibilitada por el proyecto político que lo tuvo como inspirador y líder. Una gratitud que surge del inmenso corazón del pueblo, de sus trabajadores reivindicados, de las mujeres convertidas de habitantes de segunda en ciudadanos de primera, de los niños de entonces, entre los cuales nos contamos muchos de los que hoy ocupamos estas bancas, elevados a la sublime categoría de únicos privilegiados, de los ancianos que de abandonados a su suerte pasaron a ser protegidos por la sociedad, del pueblo todo que, en fin, vio crecer permanentemente su felicidad en el marco del engrandecimiento de la Nación.

Por los avatares de la política nacional, Argentina se privó durante muchos años de su aporte sin par, pero nadie podrá negar que Juan Perón sólo haya vivido pensando en su patria, aun a 15.000 km de distancia. Aun a través del velo de niebla en que nos envolvieron muchos años de escamio, de vergüenza y de atropellos a la voluntad soberana de todo un pueblo.

De aquel joven coronel, que pidió a los trabajadores "romper las tranqueiras para votar" el 24 de febrero de 1946, la vida nos devolvió el 20 de junio de 1973, en su definitivo regreso a la patria, a un Perón sabio. Y esa misma vida que lo fue moldeando para el usufructo de todos los argentinos, se lo llevó aquel día triste de julio de 1974.

Señor presidente:

No hay muerte en vano. Y mucho menos si el que hoy recordamos se llama Juan Perón. Dios ha querido que le alcanzara el tiempo para dar a todos los argentinos toda la dimensión del propio país que habitamos. Y ese mismo Dios le dio fuerzas para poder transmitir a su pueblo hasta donde apuntaban sus cañones de la estrategia futura; hacia donde iban sus proyectos e ideas respecto a la Argentina y su papel en el mundo.

Y fundamentalmente Dios le dio tiempo, para dejar grabado en el corazón de su pueblo el valor indestructible de su doctrina.

Perón nos dejó su doctrina. Ingresó a la historia, por él y por lo que tenía adentro, y por lo que representa para el porvenir de la patria. Perón hombre, murió aquel 19 de julio de 1974. Así lo quiso ese mismo Dios que le dio tiempo para expresar su doctrina. Perón doctrina, no morirá jamás. Seguirá vivo no sólo en el espíritu de su pueblo, sino en su pensamiento y su acción.

Perón se confundió a través de su muerte con millones de argentinos, aun de aquellos que no pensaban igual que él, pero que sintieron su partida.

Ese fue el mérito histórico y fundamental de Perón. Haber conmovido a un país con sus ideas básicas; haber conmovido al país con sus hechos revolucionarios, merced al trabajo paciente de un hombre que no dejó de pensar, ni en un solo instante en la suerte de su patria. Fue la lógica, casi matemática, de una mente esclarecida que supo transmitir a los argentinos lo que todos los argentinos intuíamos. . .

Que vivimos en un gran país; que pisamos una tierra rica, que nada nos falta en el orden físico para convertirnos en una gran Nación; en un pueblo feliz. Juan Perón supo y por ello trabajó más de 30 años, llevar a todos los argentinos no sólo la idea de todos sino, y esto es lo más importante, cómo hacer para convertir a la Argentina en potencia.

Y su lógica lo llevó a una conclusión o a una prioridad absoluta. Lo primero es la unidad nacional. Objetivo que expresara ya desde el 17 de octubre de 1945, oportunidad en que en la histórica plaza de Mayo, en su primer diálogo con su pueblo dijo: "Que sea esta unidad indestructible e infinita, para que nuestro pueblo no solamente posea una unidad, sino para que también sepa dignamente defenderla". "Sobre la hermandad de los que trabajan, ha de levantarse nuestra hermosa patria, en la unidad de todos los argentinos".

Es que Juan Perón, señor presidente, sólo tuvo dos grandes desvelos, su patria y su pueblo.

Por eso dejó de lado las anécdotas del pasado y convocó a todos sin importar si antes habían estado o no estado con él y con su política.

No dejó a nadie en el camino. Supo aglutinar a empresarios y trabajadores. Penetró en las fuerzas armadas con su idea esencialmente nacional; perforó las barreras del antagonismo político de todos los tiempos y junto a don Ricardo Balbín, abrieron sus brazos para que todos, sin exclusiones, entrarán en la tarea de construir el nuevo país de los argentinos.

Su lección histórica no caerá en vano. El pueblo argentino, ese que aún llora su partida, está dispuesto a proseguir la tarea emprendida por su conductor. Es que limpió la maleza, dejó el camino libre, y, sobre todo, dejó un camino a seguir: el de la liberación. Ese camino nos llevará natural y soberanamente al universalismo donde el hombre es único amo y señor.

Perón nos dejó cuando el país más lo necesitaba, la patria perdió a un hijo dilecto, uno de los más grandes y más gloriosos, Latinoamérica a su caudillo y el pueblo argentino a su guía y conductor.

Hoy, a 10 años de su muerte, así como debemos rogar a Dios por el alma de este insigne paladín de la unidad y liberación nacional, también debemos darle las gracias por haberle dado tiempo para que nos enseñara el camino que todos los argentinos debemos seguir.